

Orden - IICA - CATIE

28 MAR 1995

RECIBIDO
Turrialba, Costa Rica

PUBLICACIONES DEL PROYECTO RENARM/MANEJO DE CUENCAS

**SISTEMAS CULTURALES
EN EL TROPICO AMERICANO:
DOS CASOS DE AMERICA CENTRAL**

✓
FERNANDO I. FERRAN

CATIE, TURRIALBA

Septiembre, 1993

TABLA DE CONTENIDO

| | |
|---|----|
| Introducción..... | 1 |
| I. La cultura del desarraigo..... | 3 |
| 1.1 Antecedentes..... | 3 |
| 1.2 Patrones de asentamiento..... | 9 |
| 1.2.1 Historia del lugar..... | 9 |
| 1.2.2 La plantación y sus efectos culturales..... | 10 |
| * Carácter estructural..... | 10 |
| * Consecuencias culturales..... | 11 |
| * Leyes culturales..... | 13 |
| II. La cultura del camuflage..... | 16 |
| 2.1 Antecedentes..... | 16 |
| 2.2 Patrones de asentamiento..... | 24 |
| 2.2.1 Historia del lugar..... | 24 |
| 2.2.2 El campesinado y sus efectos culturales..... | 25 |
| * Carácter estructural..... | 25 |
| * Consecuencias culturales..... | 26 |
| * Leyes culturales..... | 29 |
| III. Actitudes y valores frente al medio ambiente..... | 32 |
| 3.1 En el Refugio de Vida Silvestre..... | 32 |
| 3.2 En la microcuenca del río Las Cañas..... | 37 |
| IV. Respuestas culturales..... | 44 |
| 4.1 Movilización/organización social..... | 46 |
| 4.2 Exposición a otros sistemas culturales.... | 47 |
| 4.3 Manejo de los recursos..... | 47 |
| 4.4 Legislación..... | 48 |
| 4.5 Políticas de incentivos, créditos y precios..... | 50 |
| 4.6 Innovación tecnológica..... | 52 |
| V. Entre dos extremos..... | 55 |
| Bibliografía..... | 58 |

INTRODUCCION

Durante los últimos cinco años me encuentro expuesto a la cultura centroamericana. Como antropólogo sé que el ser humano es hijo de su cultura. Ella arroja lo que sabemos y lo que hacemos, lo que valoramos, lo que decidimos, y hasta cómo lo decimos y nos comportamos. No hay distinción. Todos nos cobijamos en un sistema cultural, cambiante o no.

Como especialista del Proyecto de Manejo Integrado de Cuencas (RENARM/Cuencas), en el Centro Agronómico Tropical de Investigación y Enseñanza (CATIE), he recorrido los más diversos sistemas ecológicos del trópico americano, en la región centroamericana y del istmo de Panamá. He tenido la suerte, la dicha, de interactuar a diverso grado de intensidad con las más diversas poblaciones rurales, "in situ" y en condiciones de relativa igualdad.

En estas páginas deseo expresar de manera sencilla y orientadora dos sistemas culturales contrarios, aunque no contradictorios. Dados los cambios que se experimentan en la Región, podrían pasar a ser una página de la historia de América Central. En cualquier hipótesis, y siempre a mi entender, conforman los extremos de una línea continua, tan intrincada, como variada, que caracteriza el sistema cultural de las poblaciones rurales en la geografía centroamericana. Si los dos extremos son valederos, como estoy seguro que lo son, confío que permitan comprender y situar el comportamiento y las decisiones de estas y otras poblaciones, y orientar cualquier iniciativa de desarrollo que asuma respetuosamente, y no por el poder del dinero, al sector social lugareño.

Cada día se habla más de este sector. Se sabe bien que sin él no hay desarrollo sustentable. Pero no por ello se le estudia. De ahí el posible valor de estas páginas, entresacadas de dos estudios de campo antropológicos.

No voy a presentar estos sistemas culturales en abstracto, depurados de lo particular, como correspondería epistemológicamente a un "modelo", sino ejemplificándolos en el espacio y el tiempo. Considero que de esta forma puede facilitarse, no economizarse, la lectura y comprensión a técnicos del sector agrícola, no necesariamente familiarizados con los estudios antropológicos.

El primer sistema cultural está representado en el Refugio de Vida Silvestre, Barras de Cuero y Salado, en el litoral atlántico de la República de Honduras (Ferrán 1991). El segundo está ejemplificado en la microcuenca del río Las Cañas, en la República de El Salvador (Ferrán 1993). Ambos

casos se refieren a pequeños productores rurales en dos cuencas centroamericanas. Los estudios de referencia citados contextualizan y brindan mayor apoyo factual y analítico a alguna de las afirmaciones que en este trabajo aparecen a contra corriente, es decir, expuestas de manera narrativa y aparentemente subjetiva.

Téngase en cuenta que los dos casos aquí tratados no son producto de estudios encaminados a discernir sistemas culturales como tales: se soslayan, por ejemplo, elementos fundamentales como el folklore, formas y estilos artísticos, la medicina tradicional, la religión, creencias y tradiciones. Adicionalmente, estos estudios de campo no los presento momentáneamente abordando cuestiones fundamentales de género, o mostrando el carácter sistémico de las variables consideradas en cada sistema.

Los dos estudios provienen de la investigación, una en un contexto socioambiental, y la otra sociocultural, de dos poblaciones particulares de la geografía centroamericana. En la frase anterior hay que subrayar "dos poblaciones particulares", pues no se trata de inducir la cultura nacional en un país específico, a partir de un ejemplo concreto, y menos aún realizar una comparación entre dos o más naciones centroamericanas; ambos propósitos están fuera de los límites de este trabajo y no están avalados por la información disponible. Tal y como dije anteriormente, mi único propósito es el de ejemplificar y comparar dos sistemas culturales típicos a poblaciones rurales del trópico americano, en América Central, para determinar sus actitudes y valores ante los recursos naturales. La ocurrencia y la frecuencia de estos sistemas, cada uno en el país en el que están verificados, y en el trópico americano como tal, están por demostrarse. Considero, en cualquier hipótesis, que constituyen los extremos de una amplia gama de alternativas culturales en la Región, y por ello mismo permiten situarlas y discernirlas.

En las secciones primera y segunda de este trabajo presentaré por separado los patrones de asentamiento y la historia de ambos lugares. Con el propósito de establecer los referidos sistemas, estas secciones prestarán especial atención al desgloce de sus formas estructurales y a las leyes culturales que configura los patrones de comportamiento de los lugareños. La tercera sección del trabajo versa sobre las actitudes y valores que predominan en ambos sistemas respecto el medio ambiente. La importancia de estos para fines de cualquier proyecto de intervención en la zona está expuesta en la cuarta sección. La última sitúa los dos sistemas culturales desglosados como extremos, y presenta someramente otros sistemas presentes en la Región.

I. LA CULTURA DEL DESARRAIGO

1.1. Antecedentes

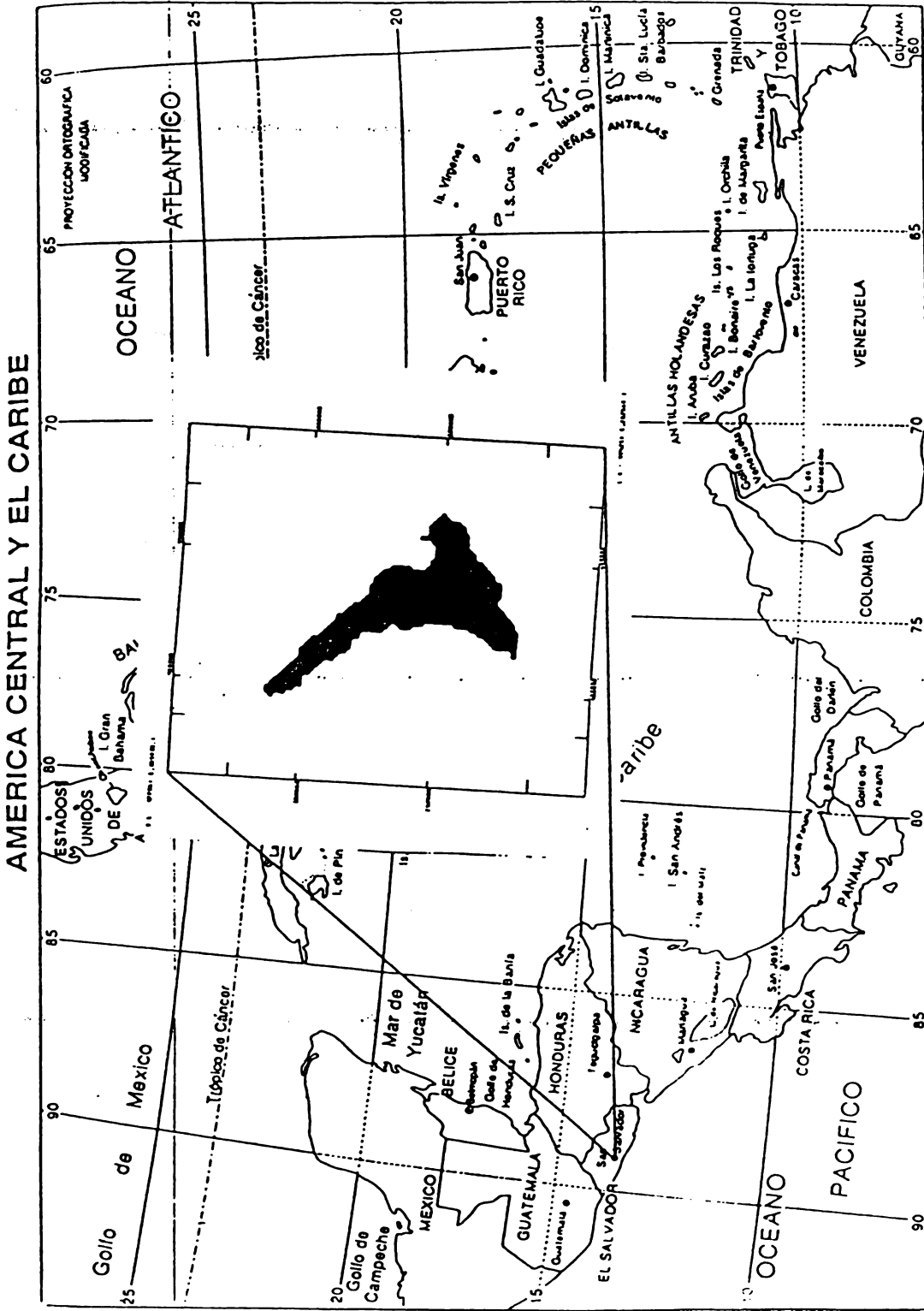
El área de estudio se encuentra en el litoral atlántico de Honduras, a unos 25 kilómetros de la ciudad de La Ceiba (Mapa 1). Las tierras bajas del Caribe hondureño, especialmente el área alrededor de San Pedro Sula y La Ceiba actualmente sobrepasan a las tierras altas del interior en cuanto a producción económica, tasa media de crecimiento anual de la población (3.6% de 1974 a 1988) y rapidez en la modificación ecológica del paisaje (Perfil 1989:25). En ellas se desarrolla una agricultura comercial de exportación, basada en capital externo y generalmente considerada como la más tecnificada del país. En 1987 sostuvo 113,000 hectáreas de caña de azúcar, palma africana, banano, plátano, cítricos, piña, coco y cacao.

Esta agricultura comercial aporta grandes cantidades de contaminantes no cuantificados a los humedales, a lo cual se agrega el aporte de las aguas servidas sin tratamiento que provienen de los centros urbanos y comunidades locales.

La agricultura de subsistencia de la zona, especialmente de maíz y frijol, así como de lotes de arroz, sigue el mismo patrón que en el resto del país: descombro, quemado, cultivo durante unos tres años, y abandono del área en búsqueda de otra. A esta práctica se le suele achacar rutinariamente el marcado deterioro de los suelos.

Existe también la tala creciente de los bosques latifoliados de las tierras bajas de la costa norte, asociada con la colonización de estas áreas por parte de pequeños productores de subsistencia inmigrantes de otras regiones del país. Estos no parecen contar en su acervo cultural con prácticas y tecnologías aptas para el adecuado aprovechamiento del trópico húmedo, al cual ingresan en busca de mejores oportunidades de vida.

De acuerdo a datos censales de 1988, la población urbana y semi urbana en los alrededores del Refugio es de 151,160 personas, siendo el municipio de La Ceiba el principal núcleo poblacional (80,603 habitantes, contra 47,835 en 1974), seguido por Esparta (33,658; contra 21,697 en 1974), La Masica (17,335; contra 10,614 en 1974), El Porvenir (10,080; contra 6,049 en 1974) y San Francisco (9,484; contra 5,537 en 1974) (Censo Nacional 1989:3).



Mapa 2. Localización del área de estudio. Cuenca del río Las Cañas.

Entre la cordillera y el litoral la gran mayoría de los terrenos son de propiedad privada, aunque no de dominio pleno. Tan sólo algunos terrenos pantanosos, como los del Refugio, continúan siendo del Estado hondureño. Significativamente, las fincas de más de 100 hectáreas ocupan la mayoría de la región; la más notable de estas fincas es la de la Standard Fruit Company, concesionaria de extensas plantaciones de cítricos y subsidiaria de Castle and Cook. De aparición más reciente son las haciendas de ganadería extensiva y el Refugio Nacional de Vida Silvestre, Barras de Cuero y Salado, zona de interés para los fines de este trabajo.

El Refugio Nacional de Vida Silvestre fue creado el 27 de julio de 1987 por el Congreso Nacional de Honduras en el área pantanosa de la desembocadura de los ríos Cuero, Salado y San Juan, del Departamento de Atlántida. Su área es de 13,255 hectáreas con una población estimada en 1991 de 504 personas.

La población está agrupada en 84 unidades familiares (6 personas por unidad) que habitan actualmente dentro de los límites del Refugio. Esta cifra representa un fuerte incremento poblacional respecto a los estimados de 200 habitantes permanentes (Villeda 1988:106) y de 350 calculados por los funcionarios del Refugio en agosto de 1990. Como se puede constatar, ha existido una fuerte presión por establecerse en las tierras vírgenes del lugar.

Existen sólo dos 'aldeas' significativas y disímiles entre ellas, Salado Barra con 15 unidades familiares, y Boca Cerrada con 19, estando el resto de las familias relativamente aisladas la una de la otra en su respectivo sitio de establecimiento.

La población del Refugio es homogéneamente hondureña. Ahora bien, entre los grupos étnicos integrantes de esta nacionalidad, un 34% de los pobladores del Refugio son de extracción garífuna. Frente a esta homogeneidad nacional, anormal en casos de plantaciones agrícolas en las islas del Caribe, es relevante destacar que la mayoría de los pobladores no son oriundos del lugar.

El 75.7% (53 de 70) de los jefes de familia encuestados nacieron fuera del territorio del Refugio, principalmente en el Departamento de Atlántida (31%), y en los de Colón (10%) y Olancho (5.7%). En cierto sentido la misma situación, población preponderantemente inmigrante, se da en la región limítrofe al Refugio. De los lugares tomados como control, tenemos que 62% (de 21) y 82.1% (de 28) de los jefes de familia encuestados en Esparta y en La Unión respondieron, respectivamente, que nacieron fuera de estas comunidades.

La mejor explicación de este fenómeno migratorio reside en el poder de atracción de la zona por motivos de la demanda laboral provocada por las fincas de la Standard. Ante la abundancia de mano de obra barata en el país, la compañía se nutrió de peones nacionales provenientes de lugares vecinos y de otros departamentos.

Con más de un 70% de los pobladores establecidos en el Refugio por más de seis años, esta población de inmigrantes parece haber encontrado un modo de vida en el Refugio. Pero igualmente debe subrayarse que para ello han reducido considerablemente sus aspiraciones y horizontes, habituándose al lugar y perdiendo la creatividad y ambición características de todo aquél que se arriesga para volver a comenzar.

El área costera del Refugio fue intervenida a principios de este siglo al instalarse la plantación de cocos de la Standard en una faja a lo largo de la costa. Fue entonces que se construyó Salado Barra como sitio para pelar y recolectar la fruta.

El área propiamente del pantano no fue intervenida más que marginalmente por platanales, y se conservó como un sitio turístico al cual llegaban de paseo o a pescar

personalidades y altos funcionarios de la compañía. El renombrado lanchón Neptuno conducía a los visitantes por los canales para admirar el entorno silvestre, y hoy exhibe su popa abandonada y deshecha a orillas del río Salado.

Desde aquel entonces, el uso más intensivo del área lo representan las plantaciones de cocoteros (*Cocos nuccifera*), a lo largo de la línea costera y adentrándose principalmente por fajas desiguales a lo largo de Salado Barras.

El 60% de las actividades económicas que tienen lugar en el Refugio se realizan de manera independiente. La Standard aún es la principal fuente de trabajo (33%, o 23 jefes de familia de 69), no obstante haber dejado de ser como antes la única proveedora de trabajo en el lugar y de tener el control absoluto de su mercado laboral.

El 82% (57) de las familias encuestadas se encuentra por debajo del mínimo de 300 lempiras mensuales, lo cual significa un ingreso anual inferior a los 3,600 lempiras o bien US\$ 654 (calculados a razón de US\$1 = L5.5, promedio del cambio oficial de la moneda estadounidense durante los meses del estudio de campo). Esta situación es tanto más crítica cuanto que 38 unidades familiares (54%) promedian tan sólo menos de 200 lempiras mensuales (US\$ 36) en un medio donde la subsistencia desconoce el trueque y se acostumbra al intercambio de bienes y servicios por dinero en efectivo.

El área pantanosa no brinda, en principio, oportunidades agropecuarias. No obstante lo cual, en algunos bancos arenosos --especialmente en dirección a San Francisco y Esparta, y en los alrededores de Salado Barra-- se han instalado pobladores con cultivos de arroz, plátanos, granos básicos y zacate para pastos. Suele decirse que, en su gran mayoría, han fracasado; pero no por ello abandonan las labores agrícolas. Recientemente, en 1984, el Instituto Nacional Agrario (INA) asentó 40 campesinos frente a Salado Barra, en Vegas de Limón, con los mismos resultados; once unidades familiares permanecen en dicho lugar laborando supuestamente fuera del terreno de la Fundación.

Los suelos del Refugio distan de proporcionar condiciones idóneas para la agricultura. Esta situación la reconocen los mismos agricultores. En palabras de un padre de familia cosechero de arroz y que llegó hace siete años atraído por lo que oía decir, "*que había tierras muy fértiles y que no pertenecían a nadie*",

"Este maldito pantano horita nos traga a nosotros mismos. Sólo da para una o dos cosechas. Más luego todo se pierde; el arroz se desnucan (se quiebra la espiga), y cuando logramos alguna yuquita o maíz lo que sirve es pa'que los mapíes lo roben. Nosotros somos los últimos en mal comer, ...y si llegamos a vender algo es pa'que nos estrujen los compradores. Usted sabe como es, nos estrujan en la pulpería y nos estrujan los compradores. Pero quien más estropea a uno son estas tierras; pa'qué contarle de ellas que todo se lo tragan a cambio de nada. Total, hay que seguir afanando."

La agricultura, con la pesca permanente, encarna el afanado desvelo de los pobladores del lugar por subsistir; pero de manera 'paradójica', pues las prácticas agropecuarias pueden llegar a contrariar los fines propios de un refugio de vida silvestre, no obstante ser las únicas en las que actualmente aparece una sana ambición, si no esperanza, de superación personal y familiar por parte de los pobladores del lugar.

Las siembras más frecuentes en el Refugio son la yuca, el maíz y el arroz; y en menor medida frijol, hortalizas y cítricos. En los predios se mantienen igualmente aves de corral, cerdos, y un 15% (10 de 70 jefes de familia encuestados) tiene alguna cabeza de ganado vacuno (ocho dicen tener de una a diez, y dos de 31 a 60 reses). Una sola persona reconoce dedicarse primordialmente a la ganadería y no a la agricultura.

Las parcelas del Refugio son minifundios, predominando un 69% con menos de cinco manzanas (1 manzana = 0.7 hectárea).

La tenencia de la tierra es compleja. Legalmente las tierras son del Estado hondureño, que las otorgó en concesión y para fines de explotación a la Standard, y posteriormente y para su manejo a la Fundación Cuero y Salado (FUCSA). Ambas decisiones estatales están vigentes. Pero a su vez, 56% (19 de 34) de los pobladores que afirman desarrollar actividades agropecuarias en el lugar señalan que son propietarios de sus parcelas, 12% (4) que las arriendan, y 32% (11) que son prestadas por familiares o amigos.

Los servicios como agua, luz, caminos y hospitales son desconocidos. La misma escolaridad de los jefes de

familia es precaria; sólo un 7% de estos han cursado el tercer grado u otro curso superior.

1.2. Patrones de asentamiento

1.2.1. Historia del lugar

El proceso moderno de ocupación de lo que hoy es el Refugio Nacional de Vida Silvestre, Barras de Cuero y Salado, comienza con el sistema de plantaciones establecido en la región limítrofe por la Standard Fruit Company a principios de siglo (1902).

Con anterioridad a estas plantaciones bananeras y cocoteras, la única población establecida en el territorio del futuro Refugio se agrupaba en la aldea garífuna de Sozal, colindante con la actual aldea de Salado Barra. En este sitio los hombres garífunas se dedicaban a la pesca y las mujeres atendían los huertos de malanga y yuca. Tras la venta de sus derechos a la Standard esta población emigró, y cualquier otra residente en los alrededores era insignificante y completamente marginada. Basta recordar para ello la inexistencia de población indígena en el lugar, lo pantanoso e inhóspito de la zona, y la escasa ocupación de la región limítrofe: 2,953 habitantes en la ciudad de La Ceiba en 1910, y 31,964 personas en todo el Departamento de Atlántida en 1926 (Perfil 1989:59).

La población actual está integrada por ladinos y mestizos del interior del país que llegaron por las actividades fruteras del emporio estadounidense, y por negros que proceden de las aldeas garífunas cercanas.

Estos pobladores ignoran la historia precolombina del sitio, que parece haber correspondido a escasas y dispersas poblaciones indígenas de acuerdo a los pocos restos arqueológicos (artefactos de barro) encontrados. Pero más aún, desconocen la historia reciente del lugar, y sólo algunos se refieren de manera circunstancial y anecdótica a la era del banano y de los cocos, sin que esto permita hilvanar la historia oral de la época. Significativamente, no se encontró ningún poblador que pudiera remontar su presencia, o la de sus padres, en el territorio del Refugio más allá de 1931.

Esta situación permite inducir una primera afirmación esencial a este estudio: la actual población del Refugio no cuenta con un sistema de adaptación tradicional al ecosistema que ocupa; desenraizada social y geográficamente, su cultura es la del desarraigo, fruto legítimo del sistema de plantación que los atrajo e insertó en el lugar.

1.2.2. La plantación y sus efectos culturales

Hasta mediados de la década de los años 60 el actual sitio del Refugio albergó en sus tierras altas el margen norteño de la plantación de banano de la Standard Fruit Co. Su litoral costero, sin embargo, sigue siendo del dominio de la compañía transnacional para fines de la recogida, pelada y transporte de coco. Esta situación caracteriza estructuralmente toda la región, y condiciona indeleblemente a la población local del Refugio.

Carácter estructural

La formación de las *estructuras de producción* de Honduras pone en evidencia la originalidad de la situación nacional, la cual se articuló sobre dos procesos presentes en la zona:

a. La incapacidad de instrumentar las formas liberales decimonónicas, y beneficiarse entonces de la creciente demanda europea en el mercado mundial de productos agrícolas, e inducir por esa vía el nacimiento de una 'burguesía nacional' u oligarquía análoga a la de países vecinos como el El Salvador y Guatemala (Durand 1987:136-138);

b. La aparición a comienzos del siglo XX de dos compañías bananeras (Standard Fruit Co. y United Fruit Co.) que montaron una economía de plantaciones en la zona norte, y que a entender de los autores impidieron el surgimiento de un estado nación moderno.

Fruto del desarrollo de estos procesos, no evolucionó una clase capitalista nacional, la cual ya despuntaba en la actividad bananera. En 1888-1889, el banano representaba el 23.8% del total de las exportaciones hondureñas (Ibid). Aquellos dos procesos provocaron igualmente el surgimiento de un modelo de desarrollo agrícola con creciente énfasis en la producción de bienes para la exportación, relegando la producción de granos básicos, y estancándose así la producción de bienes salarios en el país.

Por otra parte, aquellas plantaciones repercutieron en las migraciones internas, con la atracción del empleo agrícola primero y con el desempleo después, particularmente

a partir de la huelga de 1954; y dió lugar a la continua fuga de excedentes producidos en el país, vía ganancias de las compañías bananeras y la exoneración de impuestos y tributos.

Consecuencias culturales

Desde el punto de vista cultural la principal consecuencia del establecimiento de una plantación en el territorio del Refugio ha sido el sojuzgamiento y total sometimiento de la población a los designios del emporio frutero.

Esta situación se tornó desesperante una vez que se retiró parcialmente la Standard, dado que la población ligada a ella carecía de la experiencia y sobre todo de la iniciativa necesarias para adaptarse y sobrevivir dignamente en el medio. En verdad, esta población goza hoy solamente de la resignación como patrón de comportamiento cultural para adaptarse a las nuevas circunstancias del lugar.

La explicación de lo dicho se enraiza en la forma organizacional impuesta en el lugar, organización ésta común a todo tipo de plantación.

Las plantaciones agrícolas como la Standard representan una marcada división social entre los agentes financiadores, los administradores y los obreros agrícolas e industriales. Los agentes financiadores plantean los objetivos de producción, mientras que a los administradores les toca lograr esos objetivos mediante el empleo juicioso de los factores de producción que controlan. A los jornaleros agrícolas e industriales tan sólo les corresponde llevar a cabo las labores que se les asigne, de manera rutinaria, embrutecedora y sin mostrar otra iniciativa que no sea la obediencia total.

En la medida que la plantación estaba organizada para obtener las máximas utilidades del capital invertido, los administradores, extranjeros o nacionales, tenían el compromiso de imponer los objetivos de los agentes financiadores a una población cuya orientación cultural e intereses diferían de la de los propietarios. Como recordaba el manco Padilla, viejo picador de cocos de 76 años en Salado,

"somos como las mujeres que lo cogen todo; aquí no estamos pa'pensar, sino pa'que se nos monten y obedecer".

Los pequeños productores de subsistencia que se implantaron en el sitio expulsados de sus lugares de origen, y atraídos por las posibilidades de trabajo, dejaron de ser campesinos autónomos para pasar a ser meros jornaleros en el enclave de la compañía frutera. Rota su relación inmediata y directa con la tierra, ni siquiera se les permitían lotes de subsistencia para producir sus alimentos.

La política empleada por los administradores para viabilizar aquellos objetivos fue eficaz; a saber, *enajenar a los recién llegados de sus formas de organización local, de sus patrones de comportamiento, costumbres, y de todo lo que no coadyuvara a la explotación intensiva y disciplinada de la propiedad.* Con razón se pudo calificar las plantaciones bananeras como "prisión verde", donde *"todo es distinto: hasta Dios grita con miedo y desde muy largo"* ((Amaya Amador 1988: 89).

Una de las condiciones esenciales para el inicio de cualquier plantación es una fuerza de trabajo suficiente y barata para realizar la producción en grande con tasas suficientemente bajas que garanticen utilidades sobre el capital invertido (Wolf & Mintz 1978:516). En este contexto, la Standard se esforzó comprensiblemente por simplificar la producción e imprimir el menor paternalismo posible entre sus trabajadores. De hecho, mediante la ocupación masiva de tierras para los fines de producción, de rendimiento, se minimizó la producción de subsistencia, empujando así a la población al trabajo asalariado. Cuantas veces la población local no estuvo dispuesta a trabajar en las labores agrícolas propias, entonces se propiciaron nuevas inmigraciones locales.

La remuneración a destajo, por tareas de cultivo o por peso del fruto, ha sido el modo de pago prevaleciente. Adicionalmente, se proporcionó y aún se da el cuarto o la vivienda necesaria a los trabajadores para mantener un núcleo de operarios fijo todo el año. Pero a diferencia de haciendas ganaderas en la zona limítrofe al actual Refugio, o lo que en principio se puede esperar en grandes propiedades latifundistas, no se desarrollaron mecanismos para vincularse a los trabajadores, mecanismos tales como la concesión de favores y de préstamos personales, la convivencia diaria y hasta en términos de relativa igualdad, o la institucionalización de relaciones personales entre patrón y empleado.

Estas concesiones y relaciones aparentemente fueron y son tenidas como contrarias a las necesidades de gestión

empresarial de grandes extensiones de terreno para la producción intensiva. Se aduce en su contra que reducen la eficiencia y aumentan el costo de administración. Pero visto desde abajo, la ausencia de este tipo de relaciones aumenta el sentimiento de desvinculación y de no pertenencia por parte de los trabajadores.

El efecto de dicha política de enajenación fue la *nivelación cultural*, análoga aquí a la conocida estrategia de tierra arrasada. Tan sólo los garífunas, con probada experiencia de sobrevivencia cultural, han logrado preservar su lengua y el conocimiento de sus orígenes africanos, aunque hasta sus mismos hábitos y prácticas han sido troquelados por los patrones de comportamiento y la disciplina laboral impuestos por la compañía. Debido a dicha nivelación el Refugio ha heredado una población sometida a tres leyes culturales que en la actualidad lo permean todo.

Leyes culturales

La primera de estas leyes es objetiva. Se trata de la *ley de la inadaptación*, y puede formularse así:

El poblador del Refugio procede aisladamente y carente de los conocimientos, prácticas, técnicas y hábitos adecuados al aprovechamiento del ecosistema que ocupan. Preservan sus niveles de subsistencia reproduciendo prácticas y comportamientos consuetudinarios a la expropiada cultura campesina, pero no necesariamente aptos al uso y desarrollo sostenibles del nuevo medio ambiente que ocupan.

Se trata, en efecto, de una población desamparada. Vive en el Refugio, pero desconoce cómo aprovecharlo y establecer un modo de vida --sostenible o no-- en función de los recursos propios del lugar. Desarraigada, desconocedora del ecosistema que ocupa, desprovista de colaboración externa y de la iniciativa propia que suplantaron los 'jefes', esta población parece incapaz incluso de generar sus propias organizaciones y de entablar de manera estable nuevas relaciones sociales.

Carentes objetivamente de su sistema de adaptación autóctono, la población del Refugio vive concomitantemente bajo la *ley subjetiva de la resignación*. Mediante el

sometimiento disciplinado a los jefes de la Standard estos pobladores sobrevivieron.

Incluso se les indujo a estructurar un universo de sentido, el de la abyección. Una vez restringida las actividades de la compañía a la explotación del coco en el litoral, la gran mayoría de los pobladores ya no tienen cómo personalizar el sometimiento de antaño. Ahora sólo quedan ellos, dóciles a las adversidades, aparentemente incapaces de formular un universo de sentido social en el que a ellos les toque jugar algún papel, conscientes que generaron una riqueza que no les cupo disfrutar, ansiosos por un medio ambiente natural y social que no dominan.

Los actuales pobladores del Refugio están desprovistos de estrategias de adaptación a su nueva condición social una vez que pasaron a ser involuntariamente independientes de la compañía. Creen conocer su inexperiencia agrícola y en labores de caza y pesca. No ignoran que son "pobrecitos", pero se mantienen resignados ante la miseria que los alberga, sin amargura ni resentimiento ni agresividad.

De ahí que la verdad perceptible sobre esta población venga dada por la ley de la fragilidad y de la provisionalidad.

Por definición todo ser humano es frágil, vulnerable, al menos porque ha de morir. Sorprende una y otra vez, sin embargo, la inestabilidad e inseguridad de estos pobladores, marginados de servicios públicos, desprovistos de los bienes y servicios culturalmente tenidos como indispensables incluso entre poblaciones campesinas. Desconocedores de otras gratificaciones que no sean las de la sexualidad y reproducción humana, deambulan afanosamente sin que nada ocurra. De no ser por sus aves de corral y 'chanchos', parecieran, sin serlos, recién llegados al sitio, con todas sus posesiones al hombro.

Aquella fragilidad no sólo se marca en la población, que por su inadaptación pareciera que se va a erradicar en cualquier momento y desaparecer sin dejar huellas de sí misma --como los antiguos pobladores aborígenes-- una vez regenere la vegetación; sino incluso en el mismo ecosistema ocupado y continuamente amenazado por las presiones a que lo someten, particularmente los grandes ganaderos de la región limítrofe. Sus bosques de manglares u otros, al igual que la flora y fauna que los arropan, reflejan el destino del lugar en la suerte de los lerdos manatíes. Todo hace pensar, por consiguiente, en la provisionalidad, en cualquier instante desaparece la población local, o el ecosistema, o ambos.

Cualquier turista ingenuo pensaría erróneamente que las calamidades acechan el lugar. Empero, tal y como señalaba Efraín Lucas (ganadero de la zona aledaña) mientras miraba con codicia el cercano bosque del Refugio, "*allá adentro hasta los muertos bostezan antes de irse*". En ese bostezo los retiene su instinto de vida, precariamente sustentado por una economía de mercado reducida por decirlo así a escala de centavos de lempira.

II. LA CULTURA DEL CAMUFLAGE

2.1. Antecedentes

El río Las Cañas, en El Salvador, es afluente del río Acelhuate, que a su vez desemboca en el río Lempa. Su área es de 7,605 hectáreas, con un perímetro de 615,3 Kms y pertenece al departamento de San Salvador. En la microcuenca se distinguen claramente dos áreas, la rural y la urbana. La primera es objeto de interés a nuestro propósito y está representada por poblados como Tonacatepeque, en el Departamento de San Salvador (Mapa. 2). El área urbana cuenta con la capital salvadoreña y zonas urbanas/industriales como Ilopango, Soyapango y Apopa.

La zona rural de la microcuenca está sometida a una explotación agrícola intensa. En ella predominan técnicas inadecuadas de producción y contribuye al proceso erosivo con tasas del orden de 250 toneladas por hectárea por año.

La zona urbana conoce un acelerado proceso urbanístico que afecta los sectores sur y norte de la cuenca. Esta zona produce grandes cantidades de sedimentos --estimadas, en 1979, en el orden de las 1,000 toneladas anuales por hectárea--, y de contaminantes industriales y domésticos que mantienen niveles inaceptables de contaminación en los cursos de agua.

El crecimiento demográfico de El Salvador se estima en un 3.6%. En el área total de la microcuenca, sin embargo, el estimado pudiera ser aún mayor debido al factor de inmigración ocasionado por el conflicto bélico recién terminado. Esta inmigración se dirige, más que al área rural de la microcuenca, hacia la ciudad capital y las áreas industriales adyacentes. A este sector poblacional se le añaden los damnificados por el terremoto de 1986; ambos ocasionan aún mayor presión y competencia por servicios, oportunidades y fuentes de trabajo en las áreas urbanas y semiurbanas marginales.

Cuadro 1. Crecimiento poblacional, estimado a partir de 1971

| MUNICIPIO | POBLACION | | | | |
|---------------|-----------|-----------|------------|---------------|------------------------|
| | 1930 * | 1950 * | 1971 ** | A 1990 *** | Estimada, 1990 **** |
| Soyapango | -- | -- | 43,158 | 169,349 | 500,000 |
| Ilopango | -- | -- | 23,757 | 43,039 | 70,000 |
| San Martín | 6,137 | 7,201 | 14,220 | 28,256 | 250,000 |
| Tonacatepeque | 6,816 | 7,695 | 12,857 | 25,457 | 25,000 |
| Apopa | -- | -- | 18,980 | 37,780 | 300,000 |

(*Diccionario Geográfico de El Salvador, 1973:380-389.
 Censo, 1971. *Estimada, en función del 3.6%
 oficializado por Estadística y Censo. ****Población
 estimada en "La Ciudad de Hoy", mayo-junio de 1990.)

En este contexto demográfico, aumenta la competencia por los recursos y el recurso tierra es escaso. La tenencia de la tierra en el área rural de la microcuenca se caracteriza por un mercado *minifundio de subsistencia*. Sus productos principales son café, tabaco, maíz, frijol, hortalizas, y en menor escala frutales y caña de azúcar. Se notan las aves de corral y en casos aislados algún ganado vacuno de engorde.

Cuadro 2. Cuadro de tenencia de la tierra en el área total de la microcuenca; (en ha)

| ESTRATOS | AREA | % |
|----------------|------|-------|
| Menos de 5 ha | 1776 | 23.35 |
| De 5 a 10 ha | 1261 | 16.58 |
| De 10 a 25 ha | 791 | 10.4 |
| De 25 a 50 ha | 1257 | 16.53 |
| Más de 50 ha | 1142 | 15.02 |
| Río y playones | 315 | 4.14 |
| Zona urbana | 1063 | 13.98 |
| TOTAL | 7605 | 100 |

(Fuente: Elaborado a partir de Medrano 1990:9)

Cuadro 3. Uso actual en el área total de la microcuenca; (en ha)

| USO ACTUAL | AREA HA | % |
|-------------------------|---------|-------|
| Café/frutales | 837 | 11.01 |
| Area forestal | 1904 | 25.03 |
| Tabaco y granos básicos | 1644 | 21.62 |
| Caña de azúcar | 370 | 4.86 |
| Pasto con árboles | 1263 | 16.61 |
| Pasto natural | 209 | 2.75 |
| Ríos y playones | 315 | 4.14 |
| Zona urbana | 1063 | 13.98 |
| TOTAL | 7605 | 100 |

(Fuente: Elaborado a partir de Medrano 1990:9)

De acuerdo al Proyecto de Ordenación de la Subcuenca del Río Alcelhuate (POSRA, 1978-79), el uso del suelo en caña de azúcar y café no es contraindicado a la luz del uso potencial. Pero, a la fecha del informe, se señalaba ya un nivel muy crítico de erosión para la zona de aprovechamiento en granos básicos. El nivel tecnológico se caracteriza por:

- * Tracción animal.
- * Semillas de selección local; aparentemente por motivo de costos no se compran semillas mejoradas.
- * Reducido control de plagas y enfermedades.
- * Quema de residuos de cultivos y en menor número de casos para consumo de ganado errante.
- * Siembra transversal a la pendiente generalizada.
- * Bajos niveles de producción de granos básicos, si se les compara con niveles nacionales tecnificados, y orientados principalmente al autoconsumo. La producción de maíz oscilaba entre 20-25 qq/manzana y de frijol entre 10-15 qq/manzana.
- * Mano de obra familiar, con escasez y carestía de la contratada.
- * Migración estacionaria de la mano de obra durante la zafra azucarera, las cosechas de café y de tabaco.

- * La producción de granos básicos en general se hace en forma independiente durante los ciclos productivos, coincidiendo el final del período del maíz con el inicio del ciclo del frijol.
- * La comercialización es atendida por intermediarios, con excepción del cultivo del tabaco.

Hasta aquí alguna información relevante acerca de todo el área rural de la microcuenca. El área de interés para los fines de este trabajo corresponde a algunas comunidades de los municipios de Tonacatepeque (La Fuente, La Unión, Veracruz y Zacamil) y San Martín (Las Delicias). A la fecha, empero, no se cuenta con censos u otra fuente de información demográfica fidedigna para los cantones de La Fuente, La Unión, Veracruz, Las Delicias y el caserío Zacamil.

La población rural y urbana del municipio de Tonacatepeque era, en 1930, de 2,289 y 4,527 personas, respectivamente; en 1950 de 2,413 y 5,282, y en 1968 de 4,038 y 8,648 (Diccionario Geográfico, 1973). Presuponiendo que esa última proporción se mantenga hasta el presente, y asumiendo como válidos los estimados de 1990 (Cuadro 1), el área rural del municipio tendría en la actualidad unas 11,750 personas, correspondiendo unas 4,700 (40%) al área del proyecto, según cálculos propios, e incluyendo el cantón de Veracruz que es atendido por la agencia de extensión de Soyapango.

Por su lado, la población rural y urbana del municipio de San Martín era en 1930 de 1,684 y 4,453 personas, respectivamente; en 1950 de 2,072 y 5,124, y en 1968 de 4,062 y 8,782 (Diccionario Geográfico, 1973). De igual manera, según cálculos propios, si se asumen como válidos los estimados de 1990 (Cuadro 1), y si el área rural de San Martín mantuviera actualmente la última proporción de poblaciones, el área rural del municipio tendría en el presente unas 115,000 personas, equivalentes a 1,150 (1%) en Las Delicias.

De esta población fueron encuestados 91 jefes de familia, para un total de 639 personas.

El 82% (75 de 91) de estas unidades familiares encuestadas está integrado por el jefe de familia, su cónyuge, e hijos (un promedio de 5 por familia), predominando los de un mismo padre y madre. Este no es el caso para el 13% (12) de los casos, en el que los hijos son de distintos padres, o bien se comparte la casa con familiares. Sólo en cuatro casos (5%) se trata de personas solas, por motivos de viudez, abandono o soltería.

Cuadro 4. Distribución de la población encuestada (en 1991) que reside en la microcuenca, por edad y sexo, y promedio de la unidad familiar

| CANTON (*) | La Fuente (19) | La Unión (17) | Veracruz (18) | Delicias (18) | Zacamil (19) | TOTAL (91) |
|-------------------------------|-------------------|------------------|------------------|------------------|-----------------|---------------|
| RANGO EDAD | | | | | | |
| Hombres | | | | | | |
| 0-12 | 19 | 14 | 14 | 10 | 11 | 68 |
| 13-40 | 41 | 34 | 29 | 17 | 29 | 150 |
| 41-60 | 20 | 18 | 17 | 14 | 18 | 87 |
| 61 o más | 2 | 1 | 3 | 3 | 4 | 13 |
| Mujeres | | | | | | |
| 0-12 | 16 | 13 | 15 | 12 | 9 | 65 |
| 13-40 | 39 | 34 | 29 | 15 | 28 | 145 |
| 41-60 | 21 | 19 | 19 | 16 | 19 | 94 |
| 61 O más | 3 | - | 5 | 4 | 5 | 17 |
| TOTAL | 161 | 133 | 131 | 91 | 123 | 639 |
| Promedio uni- dad familiar | 8.5 | 8 | 7.3 | 5 | 6.5 | 7 |

(*: Número de jefes de familias encuestados por cantón y caserío.)

El 21% de la población encuestada tiene menos de 13 años (Cuadro 4), predominando un 74% (entre 13 y 60 años, según las usanzas del sitio) en edad productiva. Las diferencias entre sexos y sitios no parecen ser significativas, con excepción del número promedio de integrantes de la unidad familiar: cinco personas en Las Delicias contra siete como promedio de la microcuenca.

El número de miembros de la familia nuclear residiendo fuera de la microcuenca es de 60 personas, equivalentes al 9.39% de las 639 personas que habitan en las unidades familiares encuestadas. Esta cifra no es indicativa de una emigración masiva de la zona, no obstante la cercanía de centros urbanos, y parece corroborar, tanto el arraigo de la población a sus sitios de origen, como la unión estratégica de la familia nuclear.

En lo que se refiere a permanencia en el sitio, el 95.6% (87 de 91) de los jefes de familia encuestados tienen siete o más años en la microcuenca, sólo dos (2.2%) tienen de cero a dos años, y otro 2.2% ha residido en la región entre tres y seis años.

La población es homogéneamente salvadoreña y no cuenta con grupos étnicos particulares. En medio de esta homogeneidad, los pobladores son oriundos del lugar (83%). Predomina la población cuyo predecesor paterno nació y se crió en la microcuenca (73%). Así, pues, la región no parece estar expuesta a flujos migratorios de inmigración, y tampoco a los consabidos conflictos por los recursos tierra y laboral, entre la población nativa y la recién llegada.

La mejor explicación de este fenómeno reside en la habilidad de la población a organizar, en los perímetros de sus comunidades, un refugio relativamente propio y aislado del acontecer nacional. La cercanía del área metropolitana de la ciudad capital y de otros centros urbanos protegió el área rural de la microcuenca de fuertes flujos migratorios provenientes de zonas rurales afectadas directamente por los movimientos campesinos de los años 30, por los desplazados del terremoto de 1986 y de la guerra civil en la década de los 80. El polo de atracción fueron las áreas urbanas y semiurbanas, debido a lo cual el área rural de la microcuenca preservó su carácter aislado, demográficamente homogéneo y económicamente agrícola.

A decir de Carmen (41 años), esposa de un productor de Veracruz:

"Yo no sé mucho de letras y esas cosas. Pero voy viendo y comparo. Veo cómo los que tienen arranque, no se conforman ya con su milpa. Es más, saben que la milpa ya no da ni para el diario vivir. Antes no era así: uno enamoraba a una mujer y se casaba cuando tenía milpa. Era como el orgullo de uno. Ahora, no sé. Los que quedan sí, pero cuando uno va a San Martín, o ve a los más grandes, no es así. La gente se la busca y progresa, pero aquí seguimos con la historia de la milpa y los elotes; ¿quién sabe hasta cuándo?. Bueno, para estos tiempos, nos gusta lo que

El área rural de interés es eminentemente agrícola. En ésta predominan los granos básicos, el tabaco, el café y las hortalizas. Los frutales y el pasto natural con árboles son significativamente más infrecuentes. De acuerdo a la encuesta pasada en la zona, las áreas destinadas por cada familia a dichos rubros revelan la producción minifundista característica de la zona.

Cuadro 5. Area promedio sembrada por familia en la zona, 1990 y 1991; en ha. (N = 91)

| RUBRO | N | % | AREA PROMEDIO SEMBRADA POR FAMILIA (Ha) | |
|---------------------|----|----|---|------|
| | | | 1990 | 1991 |
| Maíz | 82 | 90 | 1.27 | 1.34 |
| Frijol | 76 | 83 | 1.46 | 1.57 |
| Hortalizas | 20 | 22 | 0.56 | 0.55 |
| Tabaco | 14 | 15 | 4.60 | 4.11 |
| Café | 10 | 11 | 0.66 | 0.64 |
| Frutales | 4 | 4 | 0.82 | 0.86 |
| Pasto | 2 | 2 | 0.51 | 0.51 |
| Areas re-forestadas | | | | |
| Otros | 1 | 1 | 1.50 | 1.48 |

(N: número de jefes de familia que cultivan ese rubro. %: de jefes de familia que cultivan un rubro específico.)

El mercado laboral está básicamente conformado por estas actividades agrícolas, predominando el trabajo por iniciativa propia. El renglón de la construcción y de los servicios está representado por los jornaleros que residen en la microcuenca, pero que se trasladan diariamente o no a las zonas urbanas limítrofes.

Significativo de lo reducido del mercado laboral, el 84% (de 85) de las compañeras(os) del jefe de familia no realizan labor remunerativa alguna fuera del ámbito familiar; una situación análoga se presenta con los demás miembros de la unidad familiar en edad laboral: 38% (de 90) de los hijos ganan un salario, contra el 62% que no realiza una actividad remunerada como peón agrícola, en la construcción o servicios urbanos.

Cuadro 6. Actividad principal de los jefes de familia; N=91

| ACTIVIDAD | LUGAR | | | | | | TOTAL | |
|--------------|------------|-----|--------------|-----|------------------|-----|-------|-----|
| | Soyapango* | | San Martín** | | Tonacatepeque*** | | # | % |
| | # | % | # | % | # | % | # | % |
| Agric | 10 | 56 | 9 | 50 | 38 | 69 | 57 | 63 |
| Ganad | 3 | 17 | 1 | 6 | 2 | 3 | 6 | 7 |
| Comercio | 2 | 11 | 1 | 6 | | | 3 | 3 |
| Jornal agric | 2 | 11 | 4 | 22 | 13 | 24 | 19 | 21 |
| Construcción | 1 | 5 | 1 | 5 | 1 | 2 | 3 | 3 |
| Mensajero | | | | | 1 | 2 | 1 | 1 |
| Otro ciudad | - | | 2 | 11 | | | 2 | 2 |
| TOTAL | 18 | 100 | 18 | 100 | 55 | 100 | 91 | 100 |

(*: cantón Veracruz. **: cantón Las Delicias. ***: cantones La Unión, La Fuente, caserío de Zacamil.)

La población mayoritaria de la microcuenca está compuesta por pequeños productores minifundistas, predominando la producción de subsistencia (0-3 ha; 43% de 91). Esta y las otras labores agrícolas acontecen en predios propios (77% de 91), alquilados (14%) o cedidos en usufructo (4%).

La microcuenca depende de una economía monetaria de mercado. Si bien es cierto que la zona puede caracterizarse por la pobreza y los bajos niveles de vida, no menos lo es que no llega a los niveles de penuria y miseria registrados en el Refugio.

El 7% (6 de 84) de las familias encuestadas se encuentra por debajo de 300 colones mensuales, lo cual significa un ingreso anual inferior a los 3,600 colones, o bien US\$ 613 (calculados a razón de US\$1=C5.87, promedio del cambio oficial de la moneda estadounidense durante los meses del estudio de campo). Esta situación está equiparada en el rango superior con un 10% de las familias que promedian una entrada superior a los C801 por mes. El grueso de la población hacía en 1991 un promedio intermedio, capaz de suplirles relativamente las necesidades básicas de la canasta familiar y otras.

Los servicios de agua potable y luz son inexistentes; pero existen escuelas públicas y una población adulta (62%) letrada, con una escolaridad de tercer grado o más.

2.2. Patrones de asentamiento

2.2.1. Historia del lugar

El proceso de ocupación de las tierras de la microcuenca data de la era precolombina. El área rural, sobre todo de Tonacatepeque, y en parte de San Martín, parece enraizarse en este pasado.

De acuerdo al Diccionario Geográfico de El Salvador (1973:380-389), el municipio de Tonacatepeque estuvo poblado por una población pipil precolombina. En 1773 pasó a ser cabecera de parroquia y el título ejidal le fue expedido en 1762. La producción agrícola tradicional a la zona es el frijol, maíz, caña de azúcar, jícama, cítricos, y poco ganado vacuno y porcino. En el pueblo mismo, sobresalieron los telares artesanales y la fabricación de panela, hasta que la zona actual de Apopa absorbió y modernizó ambas producciones.

Al momento del estudio de campo en 1991, el pueblo de Tonacatepeque contrastaba notablemente con los alrededores por su carácter rural y apacible. Si su población rural es un *enclave campesino*, Tonacatepeque es una isla en medio del crecimiento urbano de la región.

El Municipio de San Martín, por su lado, pertenece al distrito de Tonacatepeque, departamento de San Salvador. Se fundó en 1530, en el pueblo de Porulapa. El topónimo náhuatl "San Martín Polulapán" significa "Río lodoso". Los vaivenes de la política nacional e internacional la hizo cambiar de jurisdicción, hasta que en 1894 obtuvo el título de "villa" y en 1946 el de "ciudad".

Los productos agrícolas más cultivados son: cereales, café, frijol, maíz, tabaco, yuca, guineo, caña de azúcar y cítricos. Entre las industrias más importantes está la fabricación de papas, maletines, muebles, zapatos, balcones de hierro, ladrillos y tejas de barro, cestería, cordelería y secado de tabaco.

En la actualidad, la ciudad de San Martín muestra gran *dinamismo agroindustrial*, y parece estar dispuesta y preparada a ser absorbida por el área metropolitana de la capital salvadoreña.

Actualmente, la población de la microcuenca convive con la población urbana circunvecina, pero en y desde su enclave rural. Estuvieron plenamente conscientes de la guerra en el ámbito nacional, y del flujo migratorio hacia el área metropolitana de San Salvador; sin embargo, no tomaron partido abierto en el conflicto, ni incrementaron la migración: más bien *resisten* continuamente, enraizándose en sus propias tradiciones y modo de vida.

Esta población es racialmente homogénea, y está integrada por ladinos dedicados primordialmente a sus actividades agrícolas. Las costumbres están enraizadas, tanto en términos de tecnología agrícola, como familiares, deportivas y de esparcimiento. Los pobladores ignoran la historia precolombina del sitio. Pero reconocen con orgullo que son oriundos del lugar. La historia oral del sitio la remontan a los telares de Tonacatepeque, así como a su producción azucarera y a la actividad tabacalera, todo ello desde la década de los 40.

Se trata, pues, de un sitio con una población bien enraizada, aunque enfrentada a profundos cambios estructurales producidos por la situación demográfica y nacional en general. La población rural de la microcuenca del río Las Cañas cuenta con un sistema de adaptación tradicional al ecosistema que ocupa. Tiene a su haber una cultura campesina enraizada y propia a la población, pero fuertemente expuesta a las transformaciones que ocasionó la guerra, al crecimiento demográfico y a la expansión metropolitana, con sus zonas francas y parques industriales.

Esta situación caracteriza estructuralmente la microcuenca, y condiciona indeleblemente a la población local de su área rural.

2.2.2. El campesinado y sus efectos culturales

Carácter estructural

La formación de las estructuras de producción salvadoreñas pone en evidencia la originalidad de la situación nacional, la cual se articuló sobre estos dos procesos:

- a. La capacidad de instrumentar formas liberales decimonónicas, y beneficiarse entonces de la creciente demanda europea en el mercado mundial de productos agrícolas, e inducir por esa vía el nacimiento de una 'burguesía nacional' u

oligarquía análoga a la de países vecinos como Guatemala;

b. La aparición a mediados del siglo XIX de grandes propietarios de la tierra, cuya capacidad de acumulación pronto hizo que la tierra fuera un recurso escaso, y que se montara una economía de plantaciones algodoneras y cafetaleras, entre otras, impidiendo siempre el surgimiento de un estado nación moderno.

Fruto de la dinámica de estos procesos, surgieron una clase capitalista nacional y un sistema de tenencia y extensión de la tierra profundamente desigual. Esto provocó el surgimiento de un modelo de desarrollo agrícola con creciente énfasis en la producción de bienes para la exportación, relegando la producción de granos básicos, y estancándose así la producción de bienes salariales en el país. *La contra moneda de este proceso se vió reflejada en la población rural pobre.* Esta se vió desplazada de las mejores zonas agrícolas, teniéndose que conformar a pequeños predios en suelos degradables y/o a faenas agrícolas como peones de fincas. Dada la acuciante escasez de éstas, y la poca extensión del territorio nacional, la población rural creció y se desarrolló bajo un alto grado de iniciativa y temeridad, encomiable en la región centroamericana.

Consecuencias culturales

El surgimiento y mantenimiento, a modo de enclave, de un campesinado semi independiente parece haber sido la principal consecuencia de la polarización social salvadoreña, en la microcuenca del río Las Cañas.

Para lograrlo, esta población circunscribió su actividad agrícola a estos parámetros:

* La producción en sus unidades agrícolas tenía por objeto *la reproducción de la unidad familiar, y no la maximización de la tasa de ganancia.* Esto significa que la ley fundamental de movimiento de la economía local era la de garantizar la reproducción de las familias, de cosecha en cosecha, año tras año, al nivel más alto posible, sabiendo que el capital que manejaban no les permitía niveles altos de acumulación.

* Estas unidades familiares unían la *producción y el consumo final.* De esta

forma, las decisiones se tomaban considerando, inseparablemente, tanto la producción y sus eventuales beneficios, como el consumo y subsistencia de la familia.

* La fuerza de trabajo era fundamentalmente familiar. Solamente en en períodos determinados se empleaba mano de obra no familiar, casi siempre de intercambio por labores similares, y en el menor de los casos asalariada.

* Gradualmente, desde la década de los setenta, y ante la incapacidad de las unidades de producción de sustentar la familia, la estrategia varió por efecto de la dinámica social salvadoreña. Los jefes de familia, y sus dependientes, comenzaron a vender su fuerza de trabajo, pasando a ser lo que se conoce como *semi proletarios*. La estrategia consistía en complementar los ingresos familiares por vía del dinero o especies que ganaban como fruto de su trabajo en la zona y en centros urbanos aledaños. Esta estrategia terminó siendo parte esencial de la estrategia de adaptación de la mayoría de los pequeños productores de la microcuenca.

* Concomitantemente, la producción de las unidades campesinas de la zona alcanzó un carácter mercantil. Expuesta cada vez más a las penurias e incertidumbres de la vida diaria, el mercado urbano y semiurbano de los alrededores se introdujo e hizo presente como destino final de la producción excedentaria.

* Así como las fuerzas del mercado interno se han hecho omnipresentes en las decisiones de las unidades de producción familiar en la microcuenca, la estructura de poder comunitaria ha sido influenciada por fuerzas e intereses nacionales ajenos al marco de referencia local. Las comunidades locales han visto su estilo de vida y de reproducción afectados profundamente por un sistema cultural orientado por la acumulación, si no el consumo de bienes de servicio al que no tienen acceso en

función de sus formas tradicionales de adaptación.

* Como consecuencia, la economía campesina de la microcuenca perdió su relativa autonomía y pasó a ser una forma de producción subordinada. Su carácter dinámico, como forma de producción subordinada, está esencialmente condicionado por un proceso que oscila constantemente entre la desintegración y la conservación de sus formas tradicionales.

Este proceso queda descrito gráficamente por don Valentín Gómez, agricultor de granos básicos de 59 años, en una parcela propia de 4 manzanas (1 ha = 0.7 manzanas) en la zona de Las Delicias:

"La vida por aquí da muchos saltos; no hay vuelta de página. Cualquiera se asusta y le agarra miedo! Recuerdo cuando mi padre trabajaba la tierra con sus manos desnudas y mis hermanos y yo lo ayudábamos. Eso sí, habíamos de amanecer, y sudar mucho. Comíamos bien y uno hacía su economía; teníamos lo que necesitábamos, mi madre llegaba con la comida que habíamos producido nosotros mismitos. No faltaba de nada, todo era más tranquilo y hasta una gallina y un cusuco los días de fiesta. Pero ya ven, hoy el dinero no alcanza y no hay ni dónde trabajar, a menos que nos vayamos al pueblo. ¿Quién sabe, quizás alguien quiera comprar el pedacito de milpa que queda para lotificar? Aunque, ¿no sé si lo vendería? No sé que más decirle cristiano. Mis hijos y mis nietos..., los siento como el cusuco, que cae en una trampa antes de ser comido en la fiesta que tienen otros."

Recogida la vida diaria en aquellos parámetros, el efecto cultural fue la resistencia de la población local a variar sus patrones culturales y, por ende, desde su posición subordinada, el continuo camuflaje ante la interferencia externa. Gracias a esta habilidad, han logrado preservar sus costumbres y estilo de vida, a pesar de las presiones provenientes de los patrones de comportamiento modernizantes y del mercado laboral y de bienes y servicios urbanos. Debido a la cultura del camuflaje, la zona rural de la microcuenca hereda una población sometida a tres leyes culturales.

Leyes culturales

La primera de estas leyes norma los patrones de comportamiento del lugar. Se trata de la *ley del respeto y la prudencia*:

El comportamiento del poblador de la microcuena, en sus relaciones familiares, comunitarias y otras, exhibe una actitud de aparente subordinación, cautela y velada capacidad de juicio ante cualquier decir, propuesta o iniciativa ajena a él o a su grupo de interacción cotidiana. Por esta vía, oculta sus reservas ante el mundo externo y sus intereses personales, al tiempo que defiende y preserva los "status quo" personal y familiar vigentes.

Su espíritu crítico es personal, más que comunitario, y oculta su clara capacidad de discernimiento y de conocimiento exacto de la situación familiar y comunitaria. La organización social es espontánea hasta los linderos de la familia extensa, y la movilización más allá de ésta no es la pauta que rige las decisiones. A este tipo de movilización se recurre solamente cuando se supera la cautela requerida ante lo que desborda esta frontera invisible, o bien cuando se le exige predominantemente desde fuera a los pobladores. Estos evitan a toda costa aparecer ante los foráneos como organizados formalmente, y parecen sentirse más seguros afrontando las opciones y disyuntivas en términos individuales/familiares; este proceder, circunstancialmente, oculta cualquier aspiración o reivindicación que pueda ser mal interpretada, dada la situación nacional de guerra y de postguerra. Concomitantemente, esquivan la enemistad y la animadversión, pero no alienan el derecho a sopesar cualquier propuesta y situación nueva. De este modo, la población impresiona favorablemente, sin mostrar a primera vista su prestancia y capacidad de acomodarse al más variado tipo de circunstancias y protegerse en medio de éstas.

Se trata, en efecto, de una población avalada por un conocimiento pormenorizado y tradicional del medio ambiente en el que viven, tanto desde el punto de vista socioeconómico, como biofísico. Vive en la microcuena, y sabe cómo aprovecharla y establecer ahí su modo de vida, en función de los recursos propios del lugar y del entorno social e institucional. Busca aprovecharse de cualquier

oportunidad, pero no lo muestra. No tiene ansiedad, tampoco emociones extremas ni quejas y resentimiento. Desprovista aparentemente de suficiente colaboración externa, y escéptica de lo novedoso "per se", esta población es disciplinada en su prudencia y respetuosa de todos, sin olvidar sus recelos a las promesas infundadas o sobredimensionadas, ni olvidar los desaires y fracasos que ha experimentado.

Se deja llevar, pero no avanza a ritmo extraño. Este equilibrio le permite una clara conciencia de lo que está en juego; a saber: la reproducción de su unidad familiar y, consecuentemente, su producción agrícola y el destino comercial de sus excedentes, así como un estilo de vida propio. En posesión de este dominio escénico, la población de la microcuenca vive concomitantemente bajo la ley subjetiva del estoicismo.

La población de la microcuenca no da muestras de conformidad y tampoco de resignación; sí de realismo. Las adversidades y los contratiempos son enfrentados con brío y disciplina. Tal y como suele decirse "son gente de arranque".

En confianza, dan muestras de *relativa seguridad* en ellos mismos, y los signos de *sana alegría* son tan sorprendentes, dada las penurias e inseguridad del sitio, como esperanzadores, por la espontaneidad y madurez que revelan. La convivencia con esta población en condiciones de relativa igualdad es aleccionadora: están preparados culturalmente a reír y llorar; saben ocultar las emociones, pero las acarician; son y se saben testigos fieles de un modo de vida amenazado de extinción, y lo conservan y defienden con espíritu emprendedor, de acuerdo a sus recursos y capacidades, y a sabiendas del adagio heraclitiano de que todo cambia.

Mediante el sometimiento a las autoridades y leyes del país perduran en el sitio. Estructuran un *universo de sentido*, el de la dedicación a sus labores. Al menos en el presente, personalizan la entrega al trabajo y ésta prima sobre las relaciones interpersonales. El calor de las relaciones familiares y amicales constituye la forma por excelencia de compensación y arraigo, el norte en cualquier encrucijada social. No ignoran que son "infelices"; pero se mantienen estoicos, no reprimidos, ante las dificultades que los rodea, sin amargura ni resentimiento.

Frutos de este estoicismo y de aquella prudencia, la verdad perceptible de esta población viene dada por la ley de la autonomía. Esta es el valor sagrado de la población de la microcuenca, y explica el comportamiento y sistema axiológico de los moradores rurales de la microcuenca. La que los hace tan conservadores, como innovadores.

La población de la microcuenca tiene algo que conservar, y quiere conservarlo. No se deja avasallar. Todo se sacrifica en aras de la relación directa y autónoma con la tierra. Es esta relación la que la inspira y sustenta. Le garantiza su independencia relativa. Por ello mismo, la opción vital es quedarse en sus predios, hacer producir sus campos, acomodarse a los cambios y presiones, resistir calamidades y sequías, pero preservando el terruño que les da la libertad de la que se precian. Abandonar sus posesiones significa, y lo saben, ingresar en ese gran ejército de reserva laboral que magnifica los barrios metropolitanos.

Independientemente de condiciones sociales y económicas, estos pobladores se sienten iguales, entre ellos y con una fracción de la sociedad salvadoreña. La igualdad les viene de esta autonomía, conseguida y defendida gracias a su capacidad de adaptación y mimetismo de la cultura ambiental. Parafraseando el dicho inglés, su feudo es su reino. Sorprende una y otra vez la estabilidad y seguridad de estos pobladores, generada por la referida relación con la tierra. Conocen las gratificaciones existentes en las ciudades aledañas, y sufren la carencia de servicios tan básicos como el agua y la luz, así como los altibajos en la producción; pero el abandono de sus faenas no aflora a los labios, y se mantiene como opción última, en caso extremo.

Mirando desde Veracruz hacia la ciudad capital, cualquier visitante diría en mientes que, ante la incertidumbre del futuro, la inseguridad, si no la improvisación, reina en el lugar. Sin embargo, el arraigo cultural en el sitio es decisivo. "Por aquí todo se para tiesito como el maíz, sembrado en un suelo de experiencias y tradiciones", (Misael, productor de granos básicos en La Unión, Tonacatepeque).

III. ACTITUDES Y VALORES FRENTE AL MEDIO AMBIENTE

Las dos poblaciones rurales en las que hemos ejemplificado estos sistemas culturales son testigo fiel de la encrucijada del campesinado latinoamericano. La población de estas áreas enfrenta esta *disyuntiva*: por una parte, *autopreservar su estilo de vida*, como fuerza de producción y laboral complementaria al sistema económico vigente; por la otra, *desaparecer*, integrándose a una fuerza laboral urbana o rural, sin autonomía y con pérdida de su minifundio o relación directa con la tierra (Brignol y Crispi 1982; Heynig 1982).

En este contexto, el aprovechamiento de los recursos naturales puede ser visto desde el punto de vista ecológico, biofísico, o bien desde la perspectiva de la población local. Desde esta última, es crucial determinar si las prácticas de conservación y aprovechamiento racional son parte integral de las estrategias de adaptación local.

¿En qué medida la población local percibe y entiende que el manejo de los recursos naturales incide positivamente en sus estrategias de adaptación y los ayuda consecuentemente a mantenerse dignamente como grupo autónomo o semiautónomo de la sociedad nacional?

La respuesta a esta interrogante puede inclinar la balanza de aquella *disyuntiva*: eventualmente, dando frutos de sostenibilidad ecológica y social; en caso contrario, los esfuerzos de manejo serán, tan efímeros, como la duración de cualquier proyecto.

3.1. En el Refugio de Vida Silvestre

La vida diaria de los pobladores del Refugio transcurre en un medio ambiente protegido cuyo frágil equilibrio depende en gran medida de ellos. Sin embargo, la población local desarrolla sus actividades sin estar consciente de esta realidad. Esta situación adquiere

especial relieve, pues en principio no muestra animadversión alguna frente a los recursos naturales.

La mayoría casi absoluta de la población del Refugio considera que es importante cuidar los recursos naturales como tales. Esto podría ser atribuible a la labor realizada por aquellas instituciones que los residentes reconocen como interesadas en la conservación; a saber, la Secretaría de Recursos Naturales, la Corporación Hondureña de Desarrollo Forestal (CODEHFOR) y la Fundación Cuero y Salado (FUCSA). Pero esta interpretación es improbable. Sólo unos pocos han oído hablar de la conservación de los recursos a miembros de estas instituciones. Se trata más bien de una valoración inherente a los mismos pobladores y no inculcada por agentes externos a los mismos.

"Un día me estaba hablando Juan (Hernández, ex-director del Refugio) sobre lo importante que es cuidar los árboles de este sitio. A la verdad que eso ya como que lo sabía. Claro está, yo no tengo estudios para saberlo; pero mis padres me inculcaron el respeto a la naturaleza y yo, a mis hijos. Uno es pobre pero sabe qué es lo que hay que cuidar y respetar. Creo que todos creemos que sin ella no podemos vivir.

"(...) Uno no vota un palo así no más. Si lo hace es porque está obligado a realizar alguna labor. Además no se olvide que es como una ley sagrada, sólo se desmonta lo que se necesita, ni un palo más ni menos. Ni mata un pájaro por verlo sufrir; para sufrir basta con nosotros. Hay que vivir y dejar que otros vivan y eso incluye a todo lo que nos rodea. Cuando estos animales no puedan vivir aquí, entonces considero que nosotros tampoco podremos hacerlo."

La cita anterior no significa que no existan prácticas y comportamientos nocivos a los recursos naturales del lugar, sino que por tradición la población no valora la destrucción y tampoco la agresividad contra el medio ambiente. Los destinos de unos y otros están aunados. En su sistema cultural se enraizan valores de respeto y de armoniosa convivencia con la naturaleza que no siempre suelen ser reconocidos desde fuera. La eventual alteración del equilibrio establecido se debe, no a valores de abuso, sino a la imperiosa necesidad de subsistir.

Esto mismo puede captarse de manera objetiva en función de los patrones de comportamiento cultural. Los patrones observados en la población del Refugio son de sobrevivencia y no de explotación. Son propios a su cultura del desarraigo y la subsistencia, y no a un sistema cultural de dominación y extracción, y menos aún empresarial. Procuran la reproducción de la unidad familiar, sin ampararse en una preocupación de desarrollo e innovación, y sin tener como meta principal el lucro y la maximización de los beneficios.

De ahí que las prácticas capaces de poner en peligro el equilibrio ecológico local no se fundamenten en el sistema axiológico de la población, sino que procedan más bien del desarraigo y falta de tradición de los pobladores en el lugar, al igual que la precariedad de sus condiciones de vidas.

Desde la perspectiva de la sostenibilidad, se está ante una población cuya gran limitante es la mera utilización de su tecnología tradicional, y la simple repetición de prácticas consuetudinarias como el desmonte y destino final de escombros y desperdicios, en un ecosistema previamente desconocido e inhabitado por ellos. Pero para esto no se parte de la premisa que la naturaleza está para ser dominada, y aquella limitante no justifica que se avale y valore el daño y abusar de los recursos sin más ni más.

Consideran que sólo a los `jefes' les es dado el poder social y tecnológico capaz de modificar y transformar el entorno. Los residentes no son `jefes', y en su mundo imaginario no se proyectan ni valoran como tales.

La falta de agresividad y la deferencia al medio ambiente llegan a tal punto que, significativamente, la población local no practica la cacería. Los valores y el comportamiento viene corroborado adicionalmente por el acato, si no sumisión, de la casi totalidad de la población a las regulaciones impuestas en el lugar por el personal de la Fundación.

Estas regulaciones pueden y de hecho lesionan intereses creados. A pesar de ello, las situaciones conflictivas no suelen presentarse con los residentes del Refugio, sino con los vecinos de las zonas aledañas y ocasionalmente con los recién llegados. La resignación y la simbología de las armas de fuego pueden explicar en primera

instancia este fenómeno de acato, --pero no así el que se sigan respetando las regulaciones una vez terminado el período usual de tres o cuatro días en los cuales el personal de FUCSA aparece acompañado de policías o soldados.

Valores tradicionales de respeto y armonía con el entorno biofísico promueven patrones de comportamiento de no agresión que se traducen a su vez en *dos actitudes fundamentales* frente al medio ambiente; a saber, la *indiferencia* y la *conformidad*.

CULTURA DEL DESARRAIGO

Historia: plantación

leyes culturales:
 inadaptación,
 resignación,
 fragilidad

Sistema Axiológico:
 respeto, armonía
 individual con el
 medio ambiente

Patrones de Comportamiento:
 sobrevivencia,
 no explotación

Actitudes espontáneas
 indiferencia,
 conformidad

Figura 1.- Sistema cultural del desarraigo, en relación con el medio ambiente.

La actitud de indiferencia de la población conlleva que la naturaleza pase inadvertida, pero no que exista una especie de falta de respeto hacia ella. Sencillamente, la población presupone la continua presencia de la naturaleza.

Ambos, el entorno biofísico y la población, vienen dadas por la misma fuente de vida y tienen sus propios ciclos reproductivos. La diferencia entre ellos reside en que los pobladores reconocen que tienen que trabajar para reproducirse, padeciendo enfermedades y hasta la desaparición; el medio ambiente no, se reproduce espontáneamente, es sólo cuestión de tiempo. "Si nos dormimos amanecemos como los monos trepados en una rama; cualquier árbol vuelve a crecer aquí en cuestión de un santiamén", explicaba no sin cierto tono jocoso uno de los residentes.

Tal y como ya se señaló, se considera necesario cuidar los recursos naturales, pero este cuidado no le toca a los pobladores. Herederos del "mito" (Heckadon 1990:31) de la dadivosa e inagotable riqueza de los recursos naturales, ignoran en qué consiste la tercera naturaleza, y presuponen el medio ambiente como perpetua fuente de dinamismo y vida. No se le daña por principio y menos innecesariamente, pero tampoco se contribuye a su regeneración y conservación. La indiferencia significa, por consiguiente, que los pobladores del Refugio desarrollan sus actividades sin preocupación ni desprecio por el ecosistema que los ampara. Ni lo asumen ni lo protegen, porque no creen que lo perjudiquen, ni saben que lo aprovechan. Como siempre ha estado ahí presuponen que siempre estará.

La segunda actitud fundamental es la de la *conformidad*, la cual no debe confundirse con el conformismo.

Los pobladores parecen buscar en el medio ambiente un sitio mínimo donde desenvolverse. Sus expectativas y ambiciones, incluso las de los que practican la agricultura de subsistencia, no tienden a superar el establecimiento de un precario nicho de adaptación por medio del uso indiscriminado de los recursos disponibles.

En verdad, predomina en ellos la aceptación de la situación imperante. Se afanan por la reproducción, pero sin negar y rebasar las limitantes existentes. Se amoldan a lo establecido; y no hay indicios claros que en sus estrategias de adaptación prevalezcan como norma la burla sistemática a las disposiciones vigentes, ni el cuestionamiento al marco de referencia institucional que los rodea, y menos aún la negación del "maldito pantano" y su sistema ecológico. En este sentido los pobladores conviven

conformes al medio ambiente natural e institucional, independientemente del grado de prosperidad que disfrutan, y sin hacer valer derechos de ninguna índole. A tal punto se han hecho al medio ambiente que ni siquiera la facultad de la imaginación parece ser capaz de inspirarles posibles soluciones o cambios a sus actuales estilos de vida.

Si algo debe concluirse de lo anteriormente expuesto es que la población del Refugio es consciente, tanto de las necesidades que padecen, como del medio ambiente en el cual están inmersos, aunque no da muestras de saber cómo aprovecharlo, tal y como se insinúa en sus actividades y redes sociales.

Expresan una "definición" (Field & Burch 1991: 22) tan sólo de aquellos recursos que, como el suelo y la fauna marina, usan; no ya del medio ambiente biofísico en general, a pesar que éste norma sus patrones de asentamiento, sus principales formas de organización, e igualmente sus estrategias individuales de adaptación. En vivo contraste con lo que suele acontecer en el caso de poblaciones indígenas, donde prevalece un alto conocimiento del ecosistema acompañado por un aprovechamiento bajo pero sostenible del mismo (Archibold 1990: 39-43), el conocimiento que los pobladores del Refugio han alcanzado de su entorno es tan limitado como el aprovechamiento que hacen de él.

Por consiguiente, al interior de estos parámetros, actúan de manera predecible de acuerdo a sus valores y patrones de comportamiento. Las actitudes que dinamizan de este sistema cultural son sinónimos de la falta de innovación tecnológica, comunitaria e institucional que caracteriza el lugar.

3.2. En la microcuenca del río Las Cañas

La vida diaria de los pobladores de la microcuenca transcurre en un ecosistema cuyo equilibrio no depende exclusivamente de ellos. La población local lo sabe y se siente impotente para contrarrestar desechos industriales y otros impactos urbanos degradantes del medio ambiente. Pero peor aún, en aras de la modernización del sector agrícola y su productividad, se les transfirió, y han asumido, elementos de tecnologías agrícolas que son tenidos hoy como perjudiciales al medio ambiente y a la sustentabilidad de la base de recursos.

En cierto sentido, reina la perplejidad. Por una parte, los técnicos ("ingenieros") promovieron agroquímicos y otros productos con sonos de modernidad y progreso; por la otra, se escuchan nuevas directrices para conservar el suelo, la flora y otros recursos. Todo esto acontece mientras este campesinado, por tradición, no muestra

animadversión alguna frente al suelo, el agua, la biodiversidad, al tiempo que se debate por preservar su estatus y garantizar rendimientos y, más difícil, precios justos a sus productos.

"Aquí somos el lado débil. Ayer nos decían una cosa y hoy, aguántese, nos dicen otra. Por una o por otra aquí pagamos nosotros. Ahí vinieron los tractores para estas lomas y sus pendientes y querían que gastáramos en eso como nos han puesto a gastar en fertilizantes y otros productos. Mejorar la tierra era el desmonte, sin más, si no nos daban ayuda, además de que no comíamos; ahora quieren que pretejamos los palos, sí los mismos que había que tumbar, pues se acaba el agua y la leña y perjudica el suelo. ¿Qué le parece?

"Somo agricultores, pero no tan ignorantes como nos pintan. Sin agua no hay agricultura y sin árboles no tenemos leña ni belleza en estos lugares. Si dependiera de nosotros, nuestros muertos no le dirán a nuestros nietos que dejamos esta tierra estéril. Estas tierras que ve aquí son nuestro orgullo.

"Pero el problema que pasa ahora es que todos callan, y nadie quiere decir que donde había dos árboles lo incendiaban desde allá (bombardeos aéreos durante la guerra recién concluida) para que nadie se escondiera. Que para lotificar (urbanizar) hay que tumbarlo todo y poner cemento --y el cemento es la nueva riqueza, no la milpa. Que el suelo es como nosotros, no bebemos cualquier guaro sin que perjudique la salud.

"La verdad es que esto es peor que el Apocalipsis; al final de los días todos morimos y se acabó, pero ahora no morimos pero nos enferman y nos echan la culpa de los males que padece toda la tierra: si no hay comida es que somos vagos y atrasados, si hacemos quemas al final del verano es que no queremos sudar más, si no hay árboles es que los tumbamos sin ton ni son, por placer como digo yo, para arrumbarlos en la mera vereda sin razón. Por María y Jesús le juro que no queremos esto para El

Salvador, ni para nadie. Pero nosotros no somos tan libres de decidir como podría creerse. Estamos aquí como la milpa, esperando a que nos corten los ingenieros y los políticos."

Al margen de las contradicciones propias de los paradigmas de desarrollo externos, esta cita expresa gráficamente dos cosas: el sentido de tradición de la población local, y la convivencia que ésta busca con la naturaleza como lugar de vida y perpetuación de la raza humana. No hay indicios de agresividad al medio ambiente, sí de preocupación y algo de angustia ante eventos fuera del control local. En este sistema cultural se enraiza el sentido de la inserción en el medio ambiente, sin faltar valores de respeto y de armoniosa convivencia con la naturaleza. Hay un sentido notable del uso de la tierra, en contraste con el sistema anterior; sin embargo, ambos coinciden en evitar el abuso proveniente de una lógica de maximización de los beneficios.

Esto mismo puede captarse de manera objetiva en función de los patrones de comportamiento cultural. Los patrones observados en la población de la microcuenca son de utilización, de aprovechamiento, y no de explotación. Son propios a su cultura del camuflaje, y no a un sistema cultural de dudoso tipo empresarial. Procuran la reproducción de la unidad familiar, sin ampararse para ello en una preocupación de progreso a base de la maximización sin escrúpulos de los beneficios.

Las prácticas capaces de poner en peligro el equilibrio ecológico local no se fundamentan en el sistema axiológico de la población, sino en del contexto cultural foráneo. Dada la preocupación por el desarrollo sustentable, la gran limitante de esta población es su exposición a la sociedad y economía de mercados dominantes a nivel nacional.

El sistema de conocimientos locales, y la tecnología tradicional, no están en seria contravención del equilibrio ecológico. No parten de la premisa que la naturaleza está para ser sometida al marco de civilización dominante, y no avalan y valoran el abuso y transformación de los recursos, a no ser con fines de reproducción familiar y en un contexto de moderación y sobriedad.

Sin embargo, la influencia externa, representada por técnicos gubernamentales o no, u otros, sí puede modificar y transformar el entorno. Los residentes no tienen igual sistema de conocimientos que éstos y en su mundo imaginario no se proyectan ni valoran como tales. La falta de agresividad al medio ambiente se limita a la satisfacción de las necesidades diarias y, de ser apropiado, a atrapar un cusuco con fines festivos o extraer leña para preparar los alimentos y tumbiar un árbol para sacar la madera necesaria en alguna habitación o poste.

Este comportamiento se vió corroborado dramáticamente durante los años del conflicto bélico en El Salvador. No obstante, la cercanía de zonas de guerra, como el Cerro Guazapa, la casi totalidad de la población no se vió motivada a tomar posición abierta a favor de uno u otro de los bandos en pugna. Las opiniones personales, familiares, o comunitarias, al respecto, se mantenían en un estricto sigilo; no por prudencia, o porque no se tuvieran preferencias, sino porque ambos bandos representaban un nivel de parcialización ajeno a los valores propios del lugar.

Los valores tradicionales de respeto y armonía con el entorno biofísico y social inducen y condicionan patrones de comportamiento de no agresión que se traducen en *dos* actitudes fundamentales frente al medio ambiente; a saber, la *iniciativa* y la *adaptación*.

CULTURA DEL CAMUFLAGE

Historia: enclave campesino

leyes culturales:
 respeto,
 estoicismo,
 autonomía

Sistema Axiológico:
 convivencia familiar
 en el medio ambiente

Patrones de Comportamiento:
 utilización
 aprovechamiento

Actitudes espontáneas:
 iniciativa
 adaptación

Figura 2.- Sistema cultural del camuflage, en relación con el medio ambiente.

La actitud de *iniciativa y laboriosidad* de esta población implica que el medio ambiente no pasa de manera inadvertida.

No se presupone la continua presencia del paisaje y la prodigalidad de la naturaleza para albergarlos. Al contrario, se conoce la fragilidad de ésta, de ser sometidos sus elementos y respectivos ciclos reproductivos a significativas alteraciones.

La continua degradación de la tierra, y en particular el paulatino deterioro de recursos tales como el suelo, el agua y el bosque, son parte de su experiencia generacional. La vieron en el pasado inmediato y la viven y padecen en la actualidad. Por esto, la preocupación por el medio ambiente es real. Los concierne, en tanto que el mismo puede llegar a significar la pérdida irreversible de su modo de vida. En este punto el destino de la población y la naturaleza se aunan. "Hay que hacer algo", es la respuesta generalizada ante los cambios aparentes del ciclo hidrológico, la pérdida de fertilidad y "el lavado del suelo". La pasividad y la resignación son antivalores. La población no los soporta; de caer en ellos saben que el precio a pagar sería el abandono definitivo de las milpas a la hora de emigrar a los centros urbanos o depender de un jornal agrícola.

En la medida que asocian su destino como grupo aparte de la sociedad nacional con el uso adecuado de los recursos, y que valoran su forma y estilo de vida actuales, esta población parece ser una excelente aliada de la rehabilitación y manejo de los recursos naturales de la zona.

La conservación de los recursos naturales es parte consustancial del diario afanar. Para ello no se depende de

mitos y tampoco de prodigalidades foráneas al lugar. Se asume y protege el medio ambiente, --claro está con otra nomenclatura, e incluyendo la satisfacción de necesidades biológicas y culturales--, porque les interesa: saben que lo podrían deteriorar y esto se revertirá inexorablemente en contra de ellos. Es cierto, siempre ha estado ahí, pero no presuponen que siempre estará.

"No tenemos mucho que escoger: emigramos o damos la batalla aquí. Y eso es lo que estamos haciendo, haciendo producir nuestros lotes y cuidando lo mejor que sabemos este suelo. Aquí nacimos y le aseguro que aquí queremos morir, no en otras partes."

La segunda actitud fundamental es la adaptación, la cuál puede tomarse como sabiduría, y les permite preservar sus tradiciones y estilo de vida campesino.

El sacrificio se justifica en aras de la adaptación razonada y razonable a nuevas circunstancias y exigencias. Debido a esto, el cambio no es ignorado ni desconocido, solo que no es perseguido ni valorado en sí mismo. Toman decisiones llegado el tiempo, y no dejan pasar las oportunidades sin más.

Los pobladores buscan en la microcuenca un lugar donde desarrollar sus actividades productivas. Dado los recursos que manejan, sus expectativas, ambiciones y oportunidades, con excepción de algunos medianos productores de tabaco, no superan el establecimiento de un precario nicho de adaptación, por medio del uso de los recursos disponibles y un ejemplar amor y dedicación al trabajo.

Para ello, dominan las normas establecidas en términos de tenencia de la tierra, crediticias, de mercado y de asistencia técnica, y no hay indicios fehacientes que en sus estrategias de adaptación prevalezca como norma la burla sistemática a las disposiciones vigentes, ni el cuestionamiento al marco de referencia institucional que los rodea, y menos aún la negación a su condición de productores. Predomina sí un claro e incisivo manejo de las relaciones interpersonales y familiares. Los integrantes de

las diferentes redes de adaptación son exhaustivamente conocidos, y a partir de ahí explican el comportamiento y la dinámica del lugar antes de acomodarse a ésta.

Este poder escénico en términos personales e institucionales, y la misma capacidad de mimetismo familiar al medio ambiente social, se extiende por añadidura a las personas e instituciones de fuera de la microcuenca. La proximidad y exposición de ésta a la sociedad nacional impide que los pobladores de la microcuenca puedan limitar sus interrelaciones, horizontes y expectativas a la región. Habitan un medio ambiente roto, por cuyas grietas penetran continuamente representantes e información de la sociedad urbana. Gracias al dominio de ambos ambientes, la población local se amolda a conveniencia a los eventos y orientaciones de la sociedad urbana, sin renunciar o abdicar de su modo de vida rural.

El conocimiento alcanzado por los habitantes de la microcuenca en relación con su entorno es, tan alto, como la incertidumbre que prevalece acerca del futuro. Gozan de un conocimiento tradicional de la zona, saben cómo perpetuarse en ella de manera sustentable, pero ignoran qué mueve las leyes del mercado y qué implica la cultura urbana del consumo. Por esto mismo son conservadores, y las actitudes que dinamizan de este sistema cultural son sinónimas de las transformaciones que entrecogen a la sociedad contemporánea.

IV. RESPUESTAS CULTURALES

La diferencia fundamental de ambos sistemas reside en el carácter de fragilidad de un contexto cultural heredero de la forma de organización de las plantaciones, y el arraigo y dominio demostrado por otro que se enraiza en la autonomía propia de las sociedades campesinas. Esta diferencia sirve de cimiento a ambos sistemas, y evidencia que sus alternativas son contrarias.

Tales alternativas parecen ser inexistentes en uno. Resalta la pasividad ante el futuro, el desconocimiento de otras formas de ser y hacer, y el esperar que los problemas los solucione alguien, preferiblemente el Estado. Por el contrario, el otro sistema es pujante, dinámico, y consciente de las opciones disponibles. Busca siempre cómo acomodarse, salir adelante y adaptarse a un contexto socioeconómico y productivo cambiante.

En la cultura del desarraigo, la población ocupa un territorio nuevo, y su máximo esfuerzo consiste en trasponer en él una tradición y hábitos perdidos. Procura rescatarlos, y los trasplanta sin más en un nuevo ecosistema ignorando siempre las alternativas que éste y la sociedad ambiente ofrecen. La cultura del camuflage, sin embargo, cuenta con su tradición y tecnología propias, --pero se ve continuamente expuesta a la presencia y presiones de una cultura dominante (urbana) y extraña a la que debe acomodarse. De ahí la necesidad del camuflage, no del sincretismo, para perpetuarse.

Nótese, sin embargo, que aquella oposición no es contradictoria.

Ambos sistemas exhiben patrones culturales de armonía con la naturaleza. Dependen de una inserción primaria en el medio ambiente. Aspiran a una relación directa con la tierra, y valoran la autonomía de esta relación.

La laboriosidad y el afán por la utilización de los recursos para producir, en el sistema del camuflage, a diferencia de la aparente indolencia y desconocimiento del ecosistema ocupado en el sistema del desarraigo, no conlleva un grado de destrucción y explotación que confunda la agricultura u otras ocupaciones con el carácter extractivo de la minería.

Existen, sin embargo, algunas diferencias significativas entre ambos sistemas. Una de ellas está en los respectivos sistemas axiológicos. El del desarraigo exhibe un fuerte patrón y valoración individualista, en contraste con el carácter familiar de las decisiones y estrategias de adaptación en la cultura del camuflage. Por raro que esto suene, en el primer caso se experimentan las consecuencias de la nivelación cultural a la que fueron sometidos sus representantes, reduciéndolos a lo más íntimo y vital de cada cuál: uno mismo. Persiste la vida del individuo. El presente y futuro del grupo comunitario son, empero, inciertos.

En este contexto, la prognosis es un terreno pantanoso en lo que respecta al sector social. No obstante, las similitudes y diferencias de ambos sistemas permiten anticipar la respuesta de las poblaciones locales, de acuerdo a su marco de referencia cultural, ante diversos acontecimientos personales o institucionales que irrumpa en estos sistemas. La respuesta cultural ante la organización comunitaria, la exposición a otros sistemas culturales, el manejo de los recursos, leyes de tenencia de la tierra y/o uso de los recursos, políticas de incentivos, de créditos y de precios, y la misma innovación e introducción de prácticas tecnológicas, será divergente en ambos casos.

Cuadro 7. Respuestas culturales esperadas en ambos sistemas ante situaciones presentadas

EVENTO: Organ Manejo Legis Incent Créditos Precios Tecnol

SIST CUL:

| | | | | | | | |
|------------|---|---|---|---|---|---|---|
| Desarraigo | N | D | N | D | N | N | D |
| Camuflage | P | P | P | P | D | P | P |

(P= respuesta positiva. N= respuesta negativa. D= respuesta dudosa, por riesgo implicado o por nivel de conocimiento requerido.)

4.1. Movilización/organización social

La respuesta probable ante la promoción de estos eventos depende en última instancia de un gran número de variables, tales como tenencia de la tierra, extensión de la misma, recursos y otros (White 1992). Al interior de un mismo sistema cultural existen diferencias personales y comunitarias significativas. Por consiguiente, no se deben esperar respuestas mecánicas, uniformes, ni en este evento ni en los que consideraré más abajo.

Ahora bien, presuponiendo aquí el sistema cultural como un todo homogéneo, independientemente de las diferencias de la población en función de aquellas variables,

La organización familiar en el sistema del camuflage es más apto para garantizar la participación y cooperación de manera ordenada y segura con agentes externos a la comunidad.

Claro está, nada se logra automáticamente. Pero la labor de promover, estructurar y organizar grupos comunitarios, y lograr la participación de éstos en cualquier esfuerzo de producción y conservación, se ve siempre obstaculizado en el sistema cultural del desarraigo por el individualismo prevaleciente y el desconocimiento de las oportunidades subyacentes. La falta de experiencia comunitaria en la materia no los predispone, y tampoco los prepara, para la colaboración y la toma de decisiones. Carecen incluso de interacciones rutinarias, --en vivo

contraste con el tejido social en la cultura del camuflage, que al menos cuenta con la organización familiar como punto de partida. Esta situación se ve reforzada por la exposición de ambos a otros sistemas culturales.

4.2. Exposición a otros sistemas culturales

Una población desarraigada y aislada, tanto de sus antiguos nichos ecológicos, como de la sociedad ambiente, presenta tanta sumisión a los agentes externos, como xenofobia y resentimiento a todo lo que sea extraño y desconocido. En la cultura del camuflage, por el contrario, se convive con los vecinos y se está regularmente expuesto a agentes y culturas foráneos. Esto garantiza una experiencia de cambio y diversidad, y predispone favorablemente a valorar e implementar alternativas y oportunidades, participando y asumiendo riesgos calculados.

Consecuentemente, es de esperarse que la primera posición sea de resignación y sometimiento, a la expectativa que la ayuda externa supla la iniciativa propia. En el segundo sistema cultural también se pedirá ayuda, pero la población comienza ayudándose a sí misma, y la organización interfamiliar suele ser el paso previo a esta situación. Gracias a ésta, existe una predisposición cultural a la cooperación, dentro y fuera de la comunidad. El resto viene dado por la astucia y capacidad de los agentes externos de asociar expectativas e intereses locales con valores y propuestas foráneas que no sean desconocidos por la población social de referencia.

4.3. Manejo de los recursos

La degradación de la tierra no se debe a fuerzas endógenas a la naturaleza. Depende de presiones socioeconómicas y del uso a que sea sometida.

El hecho que la naturaleza pase inadvertida en el sistema cultural del desarraigo, y que en el otro el deterioro de los recursos sea parte de la experiencia generacional de los lugareños, permite prever que en este caso habrá una respuesta positiva a cualquier esfuerzo serio de manejo y conservación.

Eso sí, ambos sistemas requieren de un fuerte componente de concientización y capacitación con fines de diagnosticar y dominar las prácticas tecnológicas recomendables.

En el sistema cultural del desarraigo porque el sistema de conocimientos locales es disfuncional al ecosistema ocupado, y en el del camuflage porque ha existido y existe una interferencia externa que los promueve, más allá de sus patrones y conocimientos tradicionales, hacia una explotación indiscriminada de los recursos de la tierra. Puede presuponerse, como punto de partida, que el sistema de conocimientos locales en la cultura del camuflage es más acorde al mantenimiento y aprovechamiento de la base de los recursos en el ecosistema que ocupan desde antaño.

La iniciativa propia a la cultura del camuflage, acuciada por la comprensión que los habitantes de la zona tienen de la interdependencia de sus estilos de vida campesina y la base de los recursos naturales, implica indudablemente que los mismos no desconocen o ignoran la importancia de manejar el suelo, el agua, el bosque para preservar la fertilidad o humedad del primero, la cantidad y calidad del agua, o la leña, madera y frutos del último. Son ellos, por decirlo así, los que hoy ven sus suelos erosionados, recorren más distancia, o pagan precios más altos, por la leña de sus estufas o el agua del hogar y de los cultivos.

4.4. Legislación

Las disposiciones legales sobre tenencia de la tierra, aprovechamiento del bosque, uso del agua, caza, pesca y otras, por lo general, no son tomadas por las poblaciones rurales, pero las afectan y tienden a circunscribir, si no a contravenir, las usanzas locales. Por ello mismo, las normas legales encuentran un grado de

aceptación y/o de resistencia diverso. En este contexto, no debe olvidarse que todas las revoluciones del siglo XX han tenido lugar en sociedades rurales (Wolf 1976).

El sistema cultural del desarraigo suele expresarse en forma de resignación y falta de comprensión acerca de lo dispuesto respecto el nicho ecológico que ocupa. Las respuestas culturales a cualquier disposición y norma emanada de autoridades institucionales, nacionales o locales, serán espontáneas, no organizadas, y llegan a alcanzar un cierto grado de emotividad y violencia personal, circunstanciales. Con los días pasa esta reacción, y el sometimiento de los individuos vuelve a imperar.

No es previsible, que exista un proceso de razonamiento y comprensión local de lo reglamentado antes de producirse un grado de acatamiento; significativamente, tampoco suele evidenciarse un acercamiento y educación de la población al respecto. La experiencia demuestra que se impone el sector dominante de la sociedad nacional sobre los locales, independientemente de lo razonable o no de lo dispuesto. La población termina acomodándose contra la voluntad propia, no obstante las usanzas del lugar contravenidas por las nuevas reglamentaciones.

La situación de resistencia es otra en la cultura del camuflage. El estoicismo de ésta representa una fuerte dosis de realismo y de razonamiento a cualquier disposición legal proveniente de la sociedad ambiente. Si estas disposiciones son percibidas como perjudiciales, entonces se tratará de canalizar el descontento y las opiniones adversas por la vía correspondiente. Lamentablemente, dado que estas vías no siempre cuentan con suficiente respaldo institucional, las quejas y sugerencias suelen caer en el vacío y el conflicto puede reinar en la zona. Por norma, éste es el último recurso.

La experiencia señala que por lo general la población local no es tomada en cuenta a la hora de establecer disposiciones normativas, y que la respuesta cultural en medio del camuflaje termina siendo la adaptación a las nuevas circunstancias. El nivel de respaldo comunitario, a no confundir con el acato, a estas disposiciones normativas queda siempre en interrogante.

4.5. Política de incentivos, créditos y precios

La solución a más de un problema de desarrollo, de conservación o de manejo de los recursos naturales está ligada a programas de incentivos, al otorgamiento de créditos y a la garantía de precios de sustentación y de mercados. Por ello mismo se espera que, si se diseñan e implementan adecuadamente estos programas, se logrará un impacto positivo y deseado; incluso, en los niveles y calidad de vida de las poblaciones locales.

En verdad, desde el punto de vista económico/contable, estos programas son, tan necesarios, como beneficiosos e imprescindibles. Son insuficiente, empero, si son tomados aisladamente, al margen de los sistemas culturales de la población. De hecho, al igual que en el caso de las leyes, suelen diseñarse al margen de los sistemas de conocimiento locales y, consecuentemente, sus resultados en el campo no se corresponden con los recursos asignados y las expectativas generadas por los mismos.

En cualquier hipótesis, el presupuesto de todos estas políticas y programas es que la economía local está integrada, y responde, a las "leyes del mercado"; se asume incluso que la mejoría en los niveles y calidad de vida de los residentes seguirá a sus niveles de ingreso.

Este presupuesto es falso, aun cuando por reflejo ideológico se sigan construyendo modelos propios a una cultura, --asumiendo falazmente aquella integración sistemática--, y se proyecten a otros sistemas culturales. En el fondo, se esconde un notable desconocimiento de la complejidad real, a la vez que se valora y proyecta avasalladora y subrepticamente la cultura propia como modelo ideal e idóneo.

De ahí lo incierto del efecto de estos estímulos en poblaciones locales con sistemas culturales como los aquí esbozados; esto así, incluso, en materia de bienestar y calidad de vida, ya que la interrelación del aprovechamiento de la biodiversidad, la diversidad cultural y las opciones socioeconómicas, como sinónima de calidad de vida, no depende necesaria ni exclusivamente de los ingresos de la unidad familiar, promovidos e inducidos por estas políticas. Sencillamente, la *lógica del mercado* no impera en ninguno de los dos sistemas tratados; ésta no se encuentra ni siquiera en la base de la organización social de dichos sistemas.

Los sistemas culturales del desarraigo y del camuflage se rigen por la lógica de la reproducción familiar ("lógica" de producción campesina).

La relación costo/beneficio es clave. Se quisiera maximizar éste último, y minimizar aquél, pero se sabe en ambos sistemas que los recursos administrados no lo permiten. Cualquier mejoría que representen mejores precios, una línea de créditos y los incentivos otorgados, son insuficiente para comenzar un proceso de acumulación que varíe el estatus socioeconómico de la unidad familiar. Hay excepciones a lo escrito, pero en este caso, como en tantos otros, las excepciones confirman la regla.

Por otro lado, deben tenerse en cuenta las experiencias tenidas con el crédito, supervisado por una agencia financiera o no, y el grado de marginalización de

ambos sistemas culturales. El del desarraigo se encuentra al margen del mercado nacional y regional, y por eso *desconoce* cómo operar con créditos, cómo se fijan los precios, e ignora lo falaz que pueden ser los incentivos mal administrados. Aquellos créditos conllevan usualmente poner la parcela propia de garante, cosa que no siempre se puede hacer debido al sistema de tenencia de la tierra, e implica un riesgo demasiado alto a asumir; a saber, la pérdida del terreno, y por tanto de la independencia propia y familiar. Por su parte, los incentivos son un espejo. Suelen ser demandados y/o propuestos en todo programa de desarrollo. Empero, su espejismo reside en que pueden terminar incrementando la *dependencia* y dar la impresión de aceptación, meramente circunstancial, de las obras y prácticas promovidas; por esto no debiera recurrirse a ellos de manera automática, como tabla de salvación o punto de coincidencia con los residentes locales.

A su vez, los mercados regionales, nacional y eventualmente internacional, colindan con la economía local del sistema cultural del camuflage. Este sistema está más expuesto a proyectos de desarrollo y conservación y, sobre todo, a las leyes del mercado. Sabe cómo acomodarse y responder a ellos. Pero no está *integrada* a dichos mercados. Su forma de producción es subordinada, y es incapaz de incidir y determinar la dinámica propia de los mercados y de la economía nacional en general. Por ello mismo deben repetirse aquí, con una salvedad, las observaciones propias al sistema anterior, muy particularmente en materia de líneas de créditos, e insumos como incentivos.

La salvedad anotada es significativa. Conciernen los nuevos mercados, con sus rubros específicos y el dominio de la tecnología de producción de los mismos. En este contexto, la respuesta cultural del sistema del camuflage es la de aprovechar las oportunidades, sino el reto. La actitud de iniciativa se traduce aquí en la continua disposición a dominar la cultura propia a un nuevo cultivo y los niveles de calidad requeridos por su mercado.

4.6. Innovación tecnológica

Tanto la cultura del desarraigo, como la del camuflage, gozan de una *tecnología tradicional* y propia. La innovación tecnológica, por consiguiente, debe asumir los sistemas tecnológicos locales y comenzar *mejorándolos* más que *transformándolos*. Este procedimiento requiere urgentemente que se investiguen los sistemas de conocimientos locales y las estrategias de adaptación de las poblaciones aborígenes, de manera que los sistemas de extensión se adecúen a las usanzas y expectativas de la población (Chambers 1991).

Ahora bien, la cultura del camuflage, sin dejar de ser conservadora desde su enclave campesino, es más propensa a la innovación que la cultura del desarraigo. Esta se encuentra prisionera de sus formas de hacer y saber. El cambio y las transformaciones no son parte consubstancial de su universo de sentido. La disposición a aprender y dominar nuevas tecnologías significan contradecir las usanzas en vigor y, así se cree y sabe, poner en juego su precario sistema de adaptación. Si algo falla o sale mal, se paga con la hambruna definitiva, si no la desaparición. El temor a lo desconocido, y la desconfianza al extraño, imperan no sin cierta razón.

Este no es el caso del sistema del camuflage, donde existen más recursos relativos de defensa, tanto a nivel de conocimiento, como de redes sociales de adaptación. En este sentido, las preferencias y la cultura dominada no son el lindero de lo real y, mucho menos, de lo posible: no existe una forma única y definitiva de preparar el terreno, sembrar, cuidar el cultivo, cosechar y tratar los frutos post-cosecha. Obviamente, no se experimenta por mero afán de novedad, pero el riesgo no es un factor desconocido. Debido a esto las propuestas encaminadas a innovar localmente en términos tecnológicos reciben una acogida más entusiasta y alentadora que en el contexto cultural anterior.

El hecho que la tradición local se articule a partir de un universo de sentido, de laboriosidad o de abyección, condiciona por añadidura la respuesta cultural al cambio tecnológico. En el primer caso debe esperarse una respuesta acostumbrada a un paisaje y entorno cambiantes, al esfuerzo propio y al comunitario; no en el segundo, donde las cosas parecen haber sido así siempre, y no hay razón vital ni confianza propia para transformarlas y remeterlas a la voluntad de la comunidad.

Estas respuestas no significan una visa de cortesía para adentrarnos y manipular la realidad. Esta siempre es más rica y compleja que nuestras conceptualizaciones e intenciones. Las sociedades y culturas humanas son, tan frágiles al medio ambiente natural, como rígidas y reacias en sus intuiciones centrales. De todos modos, estas respuestas sí son indicativas del comportamiento normal en ambos sistemas culturales. Lo importante es conocerlos, respetarlos, y utilizarlos, con el propósito de pasar por la geografía continental legándole nuestra impronta en aras de su desarrollo sustentable, o al menos de su rehabilitación socioambiental.

V. ENTRE DOS EXTREMOS

Los sistemas culturales del desarraigo y del camuflage no agotan la diversidad cultural propia a la Región. Esta se aproxima a lo infinito. La riqueza y sostenibilidad de la Región dependen, tanto de sus pobladores, como de su variedad ecológica y la diversidad cultural imperante.

La diversidad cultural propia a poblaciones de pequeños productores del trópico americano puede representarse, hipotéticamente, en una línea continua. En ella se enmarcan otros sistemas culturales no tratados aquí. La variable dinámica principal está dada por el medio ambiente. Unos sistemas muestran mayor improvisación en los ecosistemas ocupados, otros un notable arraigo y dominio de los mismos. Concomitantemente, la cohesión comunitaria se desplaza del individualismo del desarraigo a la cohesión familiar del camuflage, pasando por etnias con notable aislamiento genético y arraigo en las tradiciones propias. En materia de movilización grupal o comunitaria, ésta va de un cierto inmovilismo hasta un alto grado de adaptación al dinámico entorno nacional e internacional.

Por mero afán de ejercicio mental, represento a continuación lo que podría ser esa línea en el trópico americano. Limitándome siempre a América Central, señalo a continuación sitios donde considero que podría verificarse la existencia de estos sistemas intermedios. Queda pendiente el trabajo de describirlos, analizarlos y compararlos transculturalmente; y, sobre todo, de complementarlos o modificarlos. Estos son sólo ejemplos, y sin intenciones de ser exhaustivo, de los que considero ser más frecuentes en esta parte de la geografía tropical de nuestro continente.

 X-----*-----*-----*-----*-----*-----X
 DES Frontera Aparcería Parcelería Aborígen Tradicional CAM

 Figura 3. Sistemas culturales en el trópico americano

El sistema cultural de frontera agrícola, --como el del Bayano, en la República de Panamá--, podrían confundirse con el sistema del desarraigo, pero el establecimiento en un nuevo ecosistema no está precedido por una tradición de plantaciones. A su vez, se diferencia notablemente del sistema cultural de etnias aborígenes, --como en el Altiplano guatemalteco, o en la región atlántica de Panamá y de Costa Rica--, por carecer de un conocimiento detallado del ecosistema ocupado y de un sólido arraigo en tradiciones ancestrales.

La balanza de poder existente en el sistema cultural aborígen, a diferencia del *campesinado* tradicional --como en los de las zonas de Santiago Veragua o Chiriquí Viejo en Panamá, el Valle Central de Costa Rica y Ocotepeque en Honduras--, siempre es asimétrica, a favor de los agentes ladinos, latinos o externos que usufructan el trabajo local. La misma homogeneidad étnica, de origen no occidental, tiende a aislarlos aún más del entorno social circunvecino. El sistema cultural tradicional, por su lado, no goza de tal homogeneidad, no obstante su marginalización relativa de los centros de poder social, económicos, políticos y culturales de la sociedad nacional.

El arraigo en las labores primarias de estos dos últimos sistemas es comparable con el del sistema cultural de *aparcería*, medianero, o el que labora la tierra en un régimen a tercias, --como se encuentran salpicados los territorios de Guatemala y Honduras. La diferencia esencial de estos sistemas viene dada por la tenencia de la tierra. En el sistema aborígen, ésta suele ser comunitaria; son las normas y usanzas del grupo étnico las que delimitan los terrenos. En el sistema tradicional, por el contrario, la propiedad es de carácter occidental, anglo sajón, es decir individual, aunque existan terrenos comunales y ejidales. Por su lado, los *aparceros* no tienen terrenos propios, lo que los diferencia de los anteriores; por añadidura, a diferencia del sistema cultural de *frontera*, trabajan las fincas de otros propietarios sin recurrir al desmonte y a la agricultura migratoria en *frontera*.

La misma limitante de la propiedad de la tierra está al origen del *sistema cultural de la parcelería*, --como en varias zonas de El Salvador, de la región Chorotega de la República de Costa Rica, en las cooperativas de reforma agraria de Nicaragua o los asentamientos comunales de Honduras. En éste, las luchas campesinas por la tierra dan por resultado alguna peculiaridad de organización y de derecho para ocuparlas y usufructuarlas. El terreno propio o grupal, y la modalidad laboral imperante, diferencia este sistema frente al de *aparcería*, mientras que su procedencia y tipo de luchas lo diferencian del tradicional y del aborígen.

La versatilidad y mimetismo cultural propios al *sistema del camuflage* supera la capacidad de adaptación de todos los sistemas anteriores. Por esto ocupa un papel extremo en la línea. Cuenta con sus recursos y experiencia tradicional, como en los sistemas culturales aborígen y tradicional. Pero se encuentra expuesto directa y continuamente a las presiones de desintegración de la dinámica de las transformaciones socioambientales.

Hasta aquí algunos parámetros distintivos de estos sistemas intermedios de pequeños productores rurales.

Los sistemas culturales aportan vida y colores al trópico americano. La pobreza de sus habitantes, empero, es un espejo roto. El mismo refleja el uso a que están sometidos los recursos naturales renovables de la región, y los desiguales grados de satisfacción de la sociedad nacional de consumo. Por ello, es hora de superar el espejo y su imagen refleja, movidos por el drama humano que se esconde tras cada rostro, en y desde las poblaciones locales cobijadas en sus respectivos sistemas de adaptación culturales.

BIBLIOGRAFIA

- AMAYA AMADOR, R. 1988. Prisión Verde. Tegucigalpa, Honduras, Editorial Universitaria. 289 pp.
- ARCHIBOLD, G. 1990. Pemasky en Kuna Yala: protegiendo a la madre tierra... y a sus hijos. IN: S.Heckadon et al. Hacia una centroamérica verde: seis casos de conservación integrada. San José, Costa Rica, Editorial DEI. p.37-50.
- Censo Nacional de Población y Vivienda 1988. 1989. Población total y número de viviendas por departamento y municipio; resultados definitivos. Tegucigalpa, Honduras. 265p. (mimeogr).
- CHAMBERS, R., A. PACEY y L.A. THRUPP (eds.). 1991. Farmer first: Farmer innovation and agricultural research. Gran Bretaña, Intermediate Technology Publications. 210 pp.
- DICCIONARIO GEOGRAFICO DE EL SALVADOR. 1973. Diccionario geográfico de El Salvador, Ministerio de Obras Públicas, Instituto Geográfico Nacional, San Salvador, El Salvador, tomo II.
- DURAND, G. 1987. Honduras: la fin des plantations?. IN: Enjeux fonciers dans la Caraïbe. Ed. by C.Deverre. París, INRA. p.134-158.
- FERRAN, F.I. 1991. Los restos de la opulencia: Estudio socioambiental del Refugio de Vida Silvestre Barras de Cuero y Salado. Turrialba, CATIE, 73 pp.
- 1993. Entre la guerra y la paz: Estudio sociocultural de la microcuenca del río Las Cañas, El Salvador. Turrialba, CATIE, (en prensa).
- FIELD, D.R.; BURCH, W.R. 1991. Rural sociology and the environment. 2ed. Middleton, Social Ecology Press. 135pp.

- HECKADON, S. 1990. Centroamérica: tierra tropical y volcanes. IN: S.Heckadon et al.: Hacia una centroamérica verde: seis casos de conservación integrada. San José, Costa Rica, Editorial DEI. p.19-34.
- HEYNIG, K. 1982. "Principales enfoques sobre la economía campesina. IN: Revista de la Cepal, Nº16, abril de 1982: 115-142.
- MEDRANO R, R. N. 1990. Metodología y técnica de planificación empleada en la preparación del perfil de la subcuenca del río Acelhuate. Area prioritaria Las Cañas. Ponencia presentada en la Red Latinoamericana de Cooperación Técnica en Manejo de Cuencas Hidrográficas, 21-26 de octubre de 1990, Concepción. Chile. 18 pp.
- Perfil ambiental de Honduras 1989. 1989. Tegucigalpa, SECPLAN DESFIL USAID. 346 PP.
- VILLEDA RIVERA, E. 1988. Análisis y selección del sitio y elaboración de un plan operativo del Refugio de Vida Silvestre Cuero y Salado, C.A. Tesis Mag. Sc. Turrialba, Costa Rica, UCR/CATIE. 199 p.
- WHITE, T.A. 1992. Peasant Cooperation for Watershed management in Maissade, Haiti: Factors associated with participation. IN: The environmental and natural resources policy and training Project. Working Paper Nº4, EPAT/MUCIA, 38pp.
- WOLF, E. 1976. Peasant's Wars in the Twentieth Century, New Jersey, Random House, 1976. 289 p.
- WOLF, E.; MINTZ, S. 1978. Haciendas y plantaciones en Mesoamérica y las Antillas. IN: Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina. Ed. E.Florescano. 2 ed. México, Siglo XXI. p.493-531.
-